



THE LIBRARY  
OF  
THE UNIVERSITY  
OF TEXAS  
AT  
AUSTIN

HX

11

I5

D525

LAC

LATIN AMERICAN COLLECTION

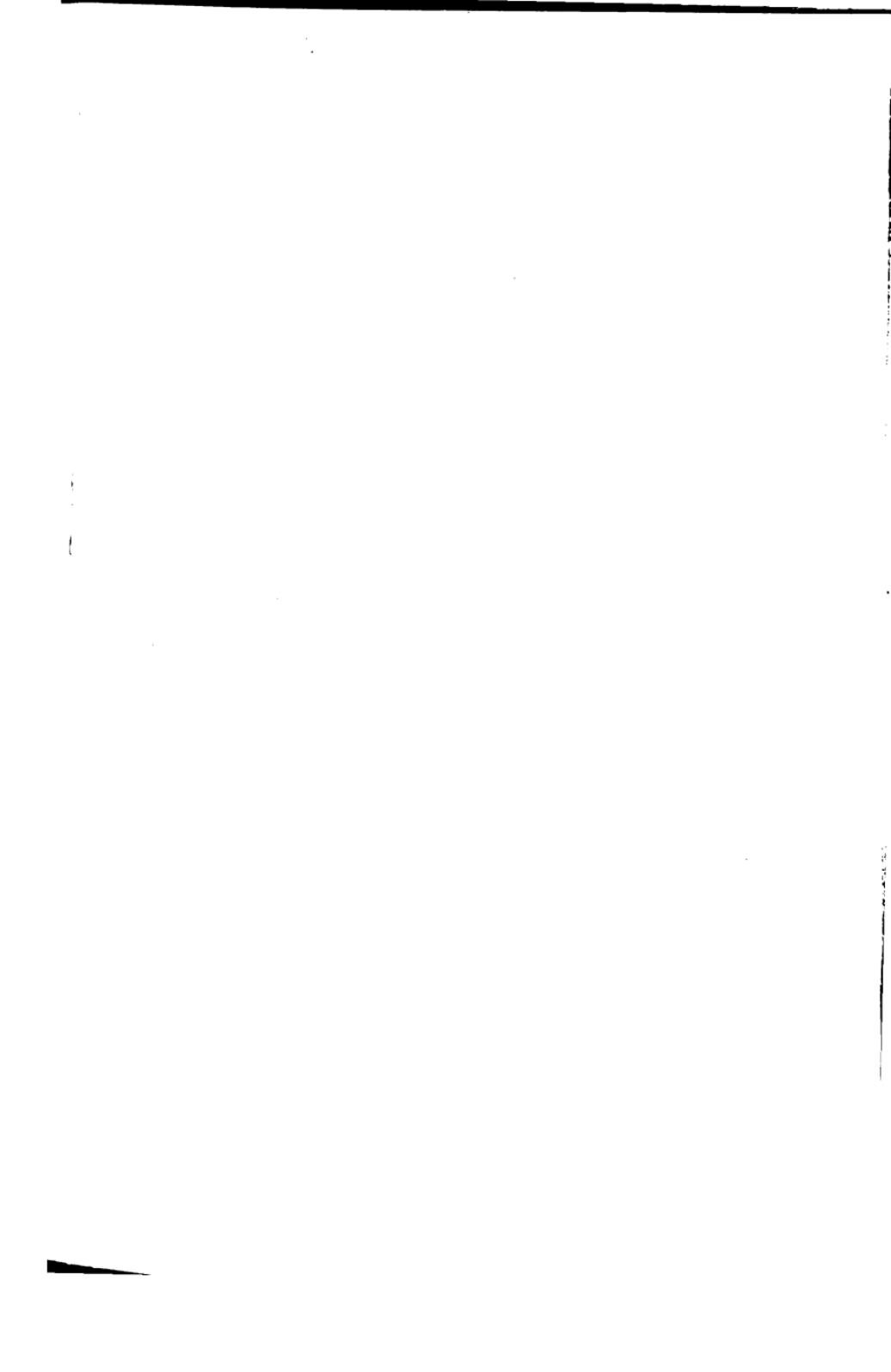


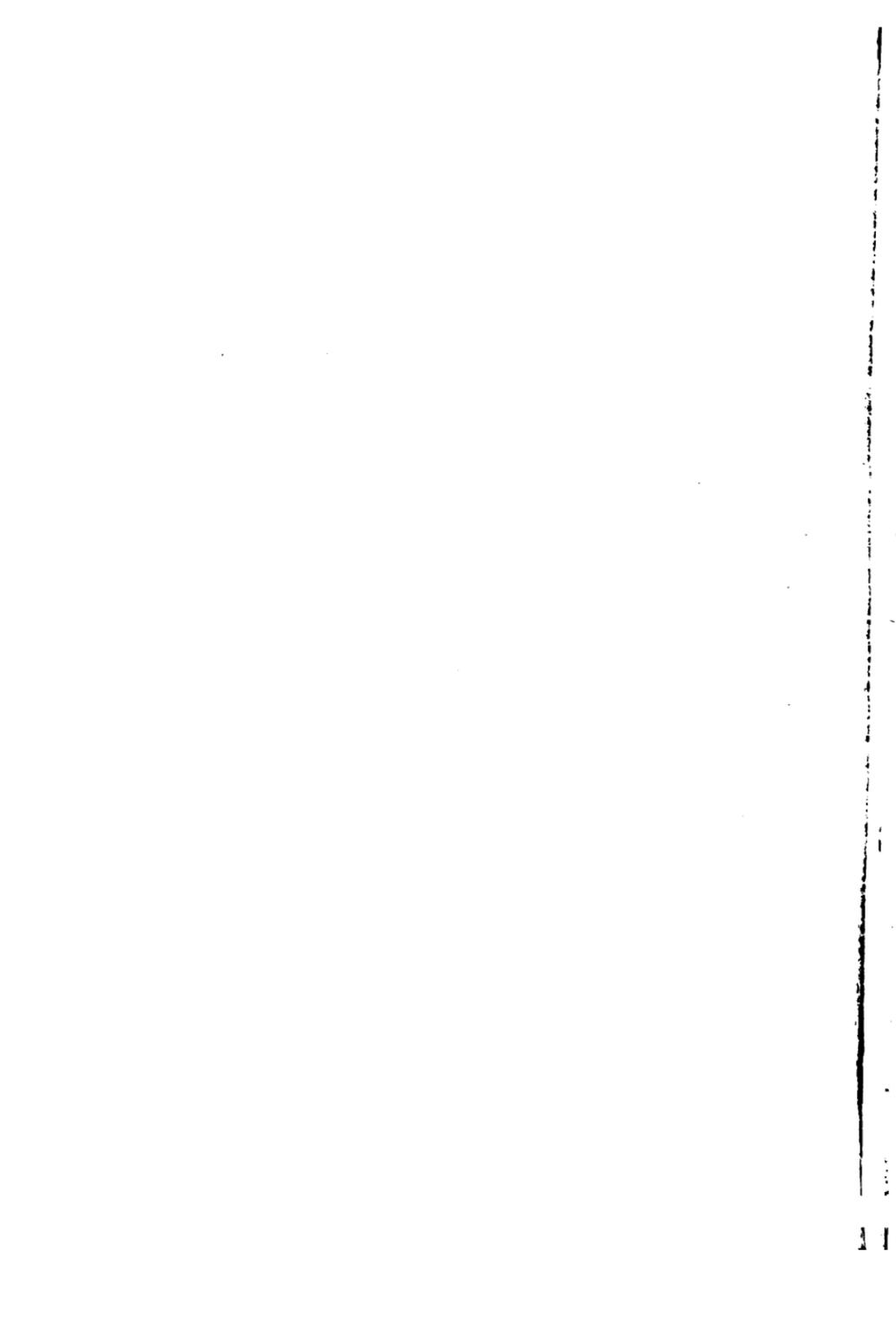
HX 11 I5 D525 LAC





J





ENRIQUE DICKMANN

---

LECCIONES DEL PASADO

---

# Marx y Bakunin

LA PRIMERA INTERNACIONAL

1864 - 1873



BUENOS AIRES

—  
1922

## **DEL MISMO AUTOR**

Ideas e Ideales.

Democracia y Socialismo.

Cartas Europeas.

Historia del 1º de Mayo en la Argentina.

Emilio Zola, su vida y su obra (agotada)

Jornada legal de trabajo y Semana Inglesa.

La Conquista del Gobierno Comunal.

Nuestro régimen fiscal.

Inmigración y Latifundio.

¡Guerra al Analfabetismo!

Democracia Cuantitativa y Democracia Cualitativa.

## INTRODUCCION

---

Tanto o más que la Gran Guerra, la Revolución rusa ha cerrado el ciclo histórico actual y abierto el período de la Nueva Historia. Por su vasta extensión, por su enorme población, por su política autocrática y por su espíritu místico, Rusia, ha pesado, pesa y pesará en la balanza de los acontecimientos de la historia universal; por eso su revolución es un acontecimiento trascendente. Pero la revolución rusa es un proceso social y político, vasto y complejo, cuyos aspectos y faces se suceden y sucederán en una larga cadena de acontecimientos y cuyos eslabones apenas estamos conociendo. Sin embargo, la faz bolchevique de esta revolución, por su aspecto dramático y destructivo, tuvo una repercusión enorme en el seno de las masas populares de todos los países, perturbando sus sentimientos y ofuscando su razón. En los años 1918 y 1919 los partidos socialistas de Europa y América sufrieron graves trastornos internos por la intromisión e influencia directas del gobierno bolchevique de Moscú, quien quiso modelar a su propia imagen y semejanza dictatorial el movimiento socialista internacional. Fueron dos años muy duros para la vida y organización de los partidos socialistas que arrastrados en el torbellino de la confusión de ideas y sentimientos estaban amenazados de parálisis y muerte. Hubo que librar una grande y ruda batalla para sostener y mantener los prin-

cipios elementales y fundamentales de la teoría y método del socialismo científico.

Cuando la creciente ola bolchevique amenazaba sumergir y arrastrar en sus turbulentas aguas al grueso del socialismo, algunos socialistas en la Argentina nos hemos opuesto a la corriente por considerarla peligrosa, anarquizante y destructiva. Y a mediados del año 1918 manifesté mi opinión sobre el bolcheviquismo en un prólogo que escribiera para el folleto del diputado Antonio de Tomaso sobre “La Revolución Rusa y la Verdad del Maximalismo”.

“La revolución rusa—decía—es un vasto y complejo fenómeno político-social propio y genuino de aquel medio singular y único. Nadie que conozca la historia política de Rusia, su composición étnica y social, sus tradiciones autocráticas y revolucionarias, el sombrío cuadro de su pasado sangriento puede creer cabalmente que la revolución rusa puede trasplantarse ni imitarse. País de cien razas, lenguas y religiones y cuyo 80 por ciento de la población es rural y analfabeta; oprimido secularmente por la más espantosa y cruel de las tiranías y envuelto últimamente en la trágica y desastrosa guerra, se ve de repente exhausto, agobiado y abocado a la más vasta y trascendental de las revoluciones. ¡He aquí el cuadro analítico y sintético del estado actual del ex imperio de los zares! ¿Es este cuadro imitable? ¿Puede siquiera servir de ejemplo y de modelo a los otros países y pueblos cuya composición étnica, histórica, política y social es totalmente distinta y opuesta? Lo niego rotundamente.

En el torbellino de la revolución rusa van envueltos sentimientos e ideas muy distintas y contradictorias y que Antonio de Tomaso ha sabido en su estudio discernir y distinguir con gran claridad. La revolución rusa es principal y fundamental-

mente una revolución agraria que concluye definitivamente con el feudalismo medioeval en Europa y completa así la obra de la revolución francesa de 1789. ¿Cómo se organizará el nuevo régimen agrario ruso? Es aun un misterio. El hecho real es que la masa campesina se ha apoderado del suelo, y mucho me temo, como de Tomaso, que se vaya a constituir una nueva clase propietaria y privilegiada y por lo tanto reaccionaria y conservadora, si el nuevo Estado ruso no sabe o no quiere tomar para las necesidades colectivas y sociales la renta del suelo. Pero, es todavía prematuro pronosticar nada al respecto. La nueva constitución rusa, obra aun caótica e inorgánica, se cuida mucho de decir nada referente a la renta del suelo. Tal la esencia de la revolución rusa estudiada con gran acopio de datos por Antonio de Tomaso. La faz industrial y urbana de la revolución es secundaria al lado de su faz agraria.

¿Y el maximalismo? Por supuesto no es una nueva doctrina, ni una teoría recién descubierta, ni siquiera un nuevo método. Es un temperamento y un procedimiento. ¿Es bueno? ¿Es malo? De Tomaso, con documentos y datos de fuente auténtica socialista y democrática, lo repudia. Yo comparto, en buena parte su opinión. Subjetivamente, y como socialista convencido, y demócrata sincero, repudio la violencia de una minoría que quiere imponer su voluntad a la gran mayoría, aún con el santo propósito de hacer su felicidad. Todas las tiranías y todas las dictaduras a través de la historia humana han querido o pretendido hacer la felicidad de los pueblos. Y nadie puede llamarse a engaño respecto de tales propósitos. Si la mayoría del pueblo no sabe labrar intencional y concientemente su propia felicidad, es absolutamente vano y efímero el

empeño de una minoría en tal sentido, admitiendo que tal empeño fuese auténtico y sincero.

*Objetivamente afirmo, empero, que el maximalismo como temperamento y como procedimiento no es una planta exótica en Rusia. Está en la esencia y en el espíritu del pueblo ruso. En un país de régimen político el más brutal y sombrío que registra la historia; en un país donde la horca y el cadalso fueron durante siglos los instrumentos normales de gobierno; en un país donde los revolucionarios contestaban sistemáticamente a la violencia zarista con el terror de abajo y con la bomba de dinamita; en un país de ignorancia y de superstición tradicionales; en un país de progroms y que ha engendrado al nihilismo y dió nacimiento a Bakunin y Kropotkin; en un país de contrastes violentos en todo sentido; en un país sin ninguna educación democrática y sin la menor costumbre parlamentaria; en un país así, imaginar que una gran revolución social y política puede realizarse ordenada y casi pacíficamente es una ilusión, y tal fué el pecado de los hombres de la primera faz de la revolución. En Rusia la planta exótica es aun la democracia, y lo genuino y auténtico es el maximalismo.*

Y ahondando aun más el problema, el maximalismo ruso no es otra cosa que el espíritu jacobino que surge en toda revolución social, que es tanto más demagógico y violento cuanto más ignorante e inculto es un pueblo. Es la prolongación o la imitación del jacobinismo de la revolución francesa cuyos procedimientos y lenguaje copian los maximalistas rusos. ¿Es necesario y fatal el jacobinismo o maximalismo en toda revolución social? El hecho mismo de su aparición lo explica. Pero, su utilidad histórica es muy discutible. Algunos escritores creen que merced a él las conquistas re-

volucionarias se consolidan; otros, en cambio, afirman que el jacobinismo prepara y engendra fatalmente la contrarrevolución. Es cuestión de modos de ver y apreciar los fenómenos sociales. ¿Es el maximalismo ruso trasplantable o imitable? ¿Puede servir de modelo o de ejemplo a los partidos socialistas de otros países? Lo niego rotundamente. La esencia del maximalismo ruso no es propio de él, sino del socialismo científico; y su procedimiento o su forma no es del socialismo sino del espíritu autocrático que no pudo concluir definitivamente con el zarismo, pues está en la tradición y las costumbres del pueblo ruso.

En los países más cultos y civilizados, y donde el proletariado es organizado en el triple terreno gremial, cooperativo y político, el socialismo se realizará en y por la democracia. Pero, la democracia lleva siempre en su seno a la demagogia. Y a este propósito repetiré lo que escribí en otra oportunidad: La demagogia es a la democracia, lo que la sombra al cuerpo; inseparable, pero inconfundible. En todo movimiento revolucionario la demagogia se nemezcla a la democracia en proporción variable según el grado de cultura y educación de cada pueblo . . . . .

*El maximalismo es un episodio, el más dramático, de la gran revolución rusa, y a mi entender, transitorio. O será reemplazado por otras fuerzas revolucionarias o cambiará sus propios métodos como parece suceder en el momento actual. El vaivén del péndulo revolucionario en Rusia encontrará, poco a poco, su centro de gravedad y entonces llegará el momento de apreciar objetivamente su obra duradera y fundamental, y sacar de ello lecciones provechosas”.*

En el XIV Congreso Socialista realizado en San

Nicolás del 9 al 12 de Noviembre de 1919, expuse, completando mi sentir y pensar, sobre la revolución rusa comparándola con la revolución inglesa del siglo XVII, con la revolución francesa del siglo XVIII y con la revolución sudamericana del siglo XIX, afirmando que el bolcheviquismo es una faz trágica y destructiva y por eso mismo transitoria de la gran revolución cuyo desenvolvimiento, de seguro, ocupará la primera mitad del siglo XX.

La Internacional Comunista, o la tercera Internacional, creada por el gobierno bolchevique de Moscú como un instrumento para su política exterior, organizó una propaganda sistemática e intensa de división de los partidos socialistas y del movimiento gremial obrero de todos los países; y a igual del jesuitismo para quien el fin justifica los medios, el bolcheviquismo recurrió a todos los medios ilícitos y repudiables para dividir al socialismo internacional. Jamás diatriba alguna igualó a la empleada por los comunistas contra los socialistas, sus compañeros y amigos de la víspera. Y el año 1920 fué de crisis terrible para todos los partidos socialistas.

La República Argentina no hizo excepción a la regla; y tal vez su partido socialista sufrió más que ninguno por la naturaleza de su composición cosmopolita, habiéndose reflejado en su seno el sentir y pensar de los hombres de razas y pueblos diversos y desiguales en su educación y cultura política. El año 1920 fué de doloroso desgarramiento interno para nuestro partido. En tan críticas circunstancias un grupo animoso de socialistas resolvió editar una revista decenal con el objeto de disipar la enorme confusión de ideas y sentimientos que sistemática e intencionalmente se sembraba en el seno del Partido Socialista y en la masa popular. Así nació "Democracia Socialista". Ella ha

contribuído eficazmente a orientar a la mayoría de los socialistas de la Argentina en vísperas del Congreso socialista extraordinario de Bahía Blanca celebrado en el mes de Enero de 1921 y cuya resolución de no adherirse a la Internacional Comunista de Moscú salvó al Partido Socialista de su inminente disolución.

El trabajo de índole histórica que aparece ahora en forma de libro fué publicado en las páginas de "Democracia Socialista". En él he demostrado con documentos de indiscutible valor y veracidad que la ideología de la revolución rusa, sobre todo de la revolución de Noviembre, es esencialmente bakuniana y no marxista y que los métodos bolcheviques, a pesar de su ropaje socialista, son autoocráticos y anarquistas.

Creo haber contribuído con este trabajo a disipar algunos errores, a desvanecer no pocas ilusiones, a destruir algunos prejuicios y a afirmar algunas verdades. En el áspero, doloroso y accidentado camino del ascenso histórico de la clase obrera hay altos que pueden ser avances o retrocesos, según triunfe momentáneamente el error o la verdad. El alto bolchevique puede servir de avance o retroceso al socialismo internacional según sea estudiado y comprendido. Y como las ideas influyen, en determinadas circunstancias históricas, en forma decisiva, sobre la marcha de los hechos, creo haber contribuído a esclarecer las ideas sobre el acontecimiento actual de mayor trascendencia: sobre la revolución rusa. Todo lo que entonces afirmé tuvo confirmación mucho antes de lo que yo mismo esperaba. A mediados del año 1918, dije: "El bolcheviquismo cambiará sus propios métodos", y a principios de 1922, la revolución bolchevique está desandando, a pasos acelerados, el camino por ella misma recorrido, entre torrentes de sangre, lágri-

mas y dolor. En nombre del dogma comunista, los socialistas hemos sido excomulgados por “reformistas” y “traidores”; y ahora el más grande reformista, y por ende el más grande traidor, es el mismo Lenin, el gran taumaturgo del bolcheviquismo, “El vaiven del péndulo revolucionario en Rusia — decía en 1918 — encontrará, poco a poco, su centro de gravedad y entonces llegará el momento de apreciar objetivamente su obra duradera y fundamental, y sacar de ello lecciones provechosas”. El centro de gravedad de la revolución rusa ha sido encontrado a mi entender; y la lección que de sus trágicos acontecimientos se desprende es dura, provechosa y fecunda. ¡Ojalá sea aprovechada, en todo su vasto alcance, por los socialistas y obreros de todos los países!

ENRIQUE DICKMANN.

Julio de 1922.

## I

### ANTECEDENTES HISTÓRICOS

“¡Pan, pan y la Constitución del 93!”, fué el grito desesperado de “torrentes de mujeres hambrientas y de escuálidos hombres hambrientos”, — según el rudo decir de Carlyle, — lanzados en las calles de París por el último alzamiento jacobino del 12 Germinal del año III (1.º de abril de 1795). El 9 Thermidor del año II (27 de julio de 1794) marca el final del sanculotismo que, poco antes, hambriento y descalzo y al sonido épico de la canción revolucionaria por excelencia — la Marsellesa — arrolló y venció a la Europa monárquica y reaccionaria. Caído y ejecutado Robespierre, acorralada y derrotada la Montaña, clausurado el Club de los jacobinos de la calle Saint-Honoré, batido en las calles de París el proletariado en armas del barrio San Antonio, abortada la generosa pero prematura y utópica “Conjuración de los Iguales” de Graco Babeuf, Francia, y con ella la Europa toda, entra en el período de la dictadura militar de Napoleón Bonaparte. La burguesía revolucionaria triunfante encontró a su “hombre representativo” en aquel afortunado y genial capitán de artillería. El gran corso consolidó las conquistas de la revolución burguesa del 89, expurgando su contenido de las utopías jacobinas, y la impuso militarmente — en cuanto ello fué posible — a los otros pueblos de Europa. Solamente Rusia — después de la retirada de Moscú y del desastre del gran ejército (1812) —

quedó fuera del alcance de la revolución francesa, manteniendo su estructura social y política feudal durante más de un siglo. Las guerras napoleónicas, la restauración y la santa alianza hicieron creer en la muerte definitiva del espíritu jacobino, sanculótico e igualitario que en algún momento adquiriera predominio en la revolución. No sucedió así, sin embargo. La revolución francesa de 1789 fué el punto de llegada de la clase burguesa, históricamente madura para la dirección técnico-económica y política de la sociedad; pero también fué el punto de partida para el ascenso social y humano de las capas profundas del pueblo, de las masas desposeídas y explotadas que estaban debajo de la burguesía, que han contribuido a su triunfo y que luego comenzaron a reclamar su puesto en el banquete de la vida.

El golpe de estado del 18 Brumario del año VII (9 de noviembre de 1799) acaba con los restos del espíritu republicano y democrático del jacobinismo del 93. Napoleón se proclama cónsul, dictador y luego emperador. Desde entonces el espíritu revolucionario de las masas se canaliza subterráneamente. En Francia y en Europa se organizan numerosas sociedades secretas de carácter nacional primero, y de carácter internacional después.

Los sobrevivientes de la "Conjuración de los Iguales" fueron los agentes más activos de esas organizaciones. Buonarotti, amigo y compañero de Babeuf, viaja por Suiza, Bélgica, Francia e Italia, ejerciendo grande influencia en el partido revolucionario y sirviendo de lazo de unión entre las "ventas" francesas del carbonarismo y las "ventas" italianas. Así, la primera mitad del siglo XIX fué la clásica época de "sociedades secretas", de "conspiraciones" y "conjuraciones" revolucionarias, de planes de golpes de estado, de proyectos de

dictaduras, etc. La restauración monárquica, conservadora y reaccionaria también empujó a la parte radical de la burguesía a organizarse secretamente.

Las organizaciones secretas de carácter nacional fueron principalmente de índole patriótica, republicana y nacionalista.

Desde el año 1815 hasta 1832 el proletariado inglés lucha violentamente por los derechos civiles. El alzamiento decembrista en Rusia de 1825 es ahogado en sangre y sus principales miembros deportados a Siberia. En la ciudad de Lyón (Francia), en 1831, el proletariado lucha en las barricadas al grito de “vivir trabajando o morir combatiendo”. En algunas ciudades de Alemania e Italia, las sociedades secretas revolucionarias, provocan alzamientos populares. Entretanto, algunos eminentes teóricos publican sus famosas obras sobre el nuevo movimiento social. “Una visión nueva de la Sociedad” y “Libro del nuevo mundo moral”, de Roberto Owen; “Teoría de los cuatro movimientos”, “Teoría de la unidad universal” y “El nuevo mundo industrial y societario”, de Carlos Fourier; “Del sistema industrial” y “Nuevo cristianismo”, de Saint Simón, forma la principal literatura del socialismo utópico de aquel entonces, elaborando al mismo tiempo un método de fijación de una doctrina revolucionaria y dando una intervención directa y colectiva al proletariado en el curso de los acontecimientos.

Desde 1830 empiezan a bosquejarse en Europa organizaciones de índole internacional proletaria; y, como todas las de su época, de carácter también secreto y revolucionario. La “Federación de los Desterrados” (1834-36) es la primera en ese género. Organizada sobre el modelo de la francmasonería y el carbonarismo, busca completar e inte-

grar la “Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano” por “la fundación y el mantenimiento de la igualdad social y política, de la libertad, de la virtud cívica y de la unidad nacional”. En esta federación predominaba la tradición del republicanismo jacobino de 1793 y no había en ella una noción clara del antagonismo de clase. Sin embargo, los humildes zapateros y los oscuros sastres, “estos maestros de la lezna y de la aguja” — según la poética expresión de Heine, — que al lado de algunos literatos en ella predominaban, le daban un carácter de clase bien marcado. Disuelta la “Federación de los Desterrados”, sus principales miembros fundaron la “Federación de los Justos”, que a su vez se transformó después en la “Federación de los Comunistas”, precursora de la “Asociación Internacional de Trabajadores”.

La “Federación o Liga de los Justos” (1836-1839), fué una organización formada principalmente de artesanos y sobre bases democráticas y electivas. En el seno de esta Federación se elaboran los principales elementos de la teoría de la lucha de clase. Ella proclama que no basta una revolución política y que es necesario “destruir todos los privilegios; de otro modo no se conseguiría nada”. La república es el solo gobierno legítimo: “porque solamente ella está fundada sobre la igualdad, y porque solamente ella impone a todos iguales deberes y otorga a todos iguales derechos”. Los deberes son “la obediencia a la voluntad general, la abnegación a la patria y la fraternidad hacia cada miembro de la nación”. Los derechos correlativos son: 1.º “El derecho a la existencia. A condición del trabajo: cada hombre debe tener su existencia asegurada. 2.º El derecho a la educación, porque la inteligencia tiene el derecho de vida como el cuerpo. 3.º El derecho electoral y el referéndum. Pero

estando gangrenado el estado social, el pueblo tendrá necesidad durante algún tiempo de un poder revolucionario". En este programa jacobino y babuvista de la "Federación de los Justos" está en germen la teoría desarrollada en el "Manifiesto Comunista" de Marx y Engels: 1.º con su obligación universal del trabajo; 2.º la instrucción universal obligatoria; 3.º la dictadura del proletariado.

Después de un desgraciado golpe de mano que tuvo lugar en París el 12 y 13 de mayo de 1839, preparado por la "Sociedad de las Estaciones" y la "Federación de los Justos", estas organizaciones tuvieron que disolverse y desaparecer. Muchos de sus miembros sufrieron la pena capital y otros se refugiaron en Suiza, tratando de reunir y reorganizar los restos de la federación destruida.

La "Federación o Liga de los Comunistas" (1847-1851), se constituyó con los elementos de la "Federación de los Justos", trasladando su sede a Londres. Ya desde 1840 existía en esta ciudad un "Grupo Comunista de Educación Obrera" que tuvo vinculaciones espirituales con Federico Engels. Poco a poco, este "grupo" aumentó su número e influencia con emigrados escandinavos, holandeses, húngaros, checos, rusos, polacos, alsacianos, etcétera formando así una imagen reducida de la futura Internacional. Desde 1843 el grupo de Londres fué sacudido y conmovido por las críticas ásperas y fundadas sobre la teoría y el método revolucionario seguidos hasta entonces, que le dirigían dos jóvenes teóricos nuevos, Carlos Marx y Federico Engels. La observación atenta de los nuevos hechos económicos y de las revoluciones contemporáneas y el análisis de las doctrinas comparadas con los hechos, les había permitido formular una teoría comunista nueva, en oposición a la mezcla confusa de la filosofía idealista alemana y del jaco-

bismo francés que formaba la doctrina de la “Federación de los Justos”. El “Grupo Comunista” de Londres invitó a Marx y Engels a ingresar en sus filas. Pero éstos estaban resueltos a desarrollar y acreditar suficientemente su propia teoría antes de incorporarse a su seno.

Después de una vasta labor teórica y de una intensa polémica en diarios y revistas, “tratando de demostrar que lo que estaba en discusión no era la aplicación de un sistema utópico cualquiera, sino la participación consciente en la evolución histórica de la sociedad”, Marx y Engels adhirieron al grupo londinense que celebró su primer congreso en el verano de 1847. De este congreso salió fundada la “Federación de los Comunistas”, que, a pesar de su carácter secreto — porque así lo imponían los tiempos, — quiso ser una organización de propaganda a base democrática, y para ello abolió la terminología masónica y el diletantismo conspirador que predominaba en las federaciones anteriores.

El congreso constituyente de Londres encargó a Marx y Engels la redacción de un programa. Esta tarea fué cumplida rápidamente, y el documento fué aprobado por el congreso en el mes de diciembre del mismo año. Tal el origen del histórico “Manifiesto Comunista”, que comienza con la célebre afirmación teórica: “Toda la historia de la sociedad humana, hasta nuestros días, es la historia de luchas de clases”; y termina con el grito de guerra: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”.

Los miembros de la “Federación de los Comunistas” tuvieron una participación muy activa en el movimiento revolucionario, de marcado carácter proletario, que estalló en los principales países de Europa en 1848. Los proletarios se batieron en las barricadas de las calles de París, Berlín, Viena, Colonia, etc. Entre las figuras militantes de la re-

volución continental de aquel entonces, empezó a destacarse el joven ruso, Miguel Bakunin. Triunfante, por un momento, la revolución en algunas ciudades, sufrió luego graves reveses. La contrarrevolución, sostenida y apoyada principalmente por el zarismo ruso, se impuso en Europa. La "Federación de los Comunistas" no pudo resistir a la ola de reacción brutal que pasó por el continente europeo después del golpe de estado de Luis Bonaparte en Francia. El proceso de los comunistas en Colonia, en 1851, fué la partida de defunción de esta última organización proletaria secreta de carácter revolucionario. Muchos de sus miembros murieron en las barricadas, otros fueron condenados a largos años de trabajos forzados y de prisión, otros desterrados a las islas Guayanas y algunos emigraron a América. La ilusión de una revolución social mundial inmediata y catastrófica se desvaneció. Largos años de silencio e inactividad sucedieron, en las filas revolucionarias, después de la febril actividad del año 1848. Todo parecía definitivamente dominado por la reacción. Empero, en el seno del proletariado germinaba la semilla fecunda arrojada por el "Manifiesto Comunista" de Marx y Engels y que marca una nueva era en la teoría y la práctica revolucionarias del siglo XIX; hasta que en 1864 adquiere consistencia y toma cuerpo en la fundación, sobre nuevas y más amplias bases teóricas y prácticas, de la "Asociación Internacional de Trabajadores" o de la "Primera Internacional".

Pero antes de trazar la historia de la corta, agitada y fecunda existencia de esta célebre "Asociación", es necesario conocer a las dos figuras destacadas y prominentes que en ella intervinieran activa y, con frecuencia, decisivamente: Carlos Marx, fundador del socialismo científico, y Miguel Baku-

nin, padre del anarquismo eslavo. Dos figuras antagónicas, pero representativas y simbólicas ambas y que proyectan su silueta mental y revolucionaria sobre toda la historia contemporánea del movimiento obrero y socialista mundial, sintetizando y simbolizando dos modos distintos de sentir y de pensar de dos corrientes históricas y universales que aun hoy día están frente a frente, en combate áspero y rudo por imponer cada cual su teoría y su método propio y exclusivo al proletariado que en todos los países lucha por su emancipación.

## II

### CARLOS MARX (1818-1883)

Los anales de la Historia Universal no registran un caso igual, ni parecido, al del célebre fundador del socialismo científico. Ningún fundador de religiones, ningún reformador, ningún revolucionario de todos los tiempos y países adquirió la rápida fama mundial, el incontrastable prestigio popular, la decisiva influencia política y social como el autor de "El Capital". Desde Budha hasta Cristo, desde Licurgo hasta Moisés, desde Confucio hasta Mahoma y Lutero, desde Cronwell hasta Robespierre, ninguna personalidad humana, en tan pocos años, llenó, con su silueta ética y mental, el vasto escenario del mundo como Marx. Abominado y odiado por las clases conservadoras y privilegiadas, excomulgado por todas las iglesias, repudiado por la ciencia oficial, detestado por la Universidad, Carlos Marx es el más vigoroso intérprete y el más genial teórico del movimiento social contemporáneo. El dió al proletariado un arsenal de armas incomparable para utilizarlo en la lucha por su emancipación, él le dió una nueva filosofía social, una nueva economía, una nueva teoría política y un nuevo método de lucha. El le dió su divisa — su "in hoc signo vinces", — "La emancipación de la clase obrera debe ser obra de ella misma", y su grito de guerra: "¡Proletarios de todos los países, uníos!" Y a los treinta y siete años de su muerte, su figura de teórico, de apóstol y de profeta llena

el vasto escenario del mundo; su silueta y su nombre son conocidos y venerados por centenares de millones de seres humanos.

¡Singular y curioso destino el de este grande hombre! Teórico objetivo e impersonal de la Historia y de la Economía Política, se convierte en el motor más subjetivo y personal de la acción de las masas populares; con su profundo análisis de la vida colectiva y con su mordaz crítica de las instituciones sociales desprestigia el concepto heroico de la Historia y destrona al Héroe del pedestal que le ha erigido la historiografía falsa y de oropel, y grandes masas populares lo convierten a su vez en su Héroe, dando un sentido heroico a su teoría y acción; con su riguroso método científico destruye todos los dogmas de la economía política burguesa e introduce en las ciencias sociales la teoría de la evolución formulando sus leyes, e innumerables adeptos que se dicen suyos convierten su teoría en un nuevo campo de dogmas y su doctrina en una nueva especie de religión indiscutida e indiscutible que se quiere imponer a la fuerza a hombres y pueblos. Y así, el marxismo, bajo este aspecto, se parece al cristianismo con sus dogmas, sus misterios, sus intérpretes, sus fieles custodios, sus herejes y el santo tribunal de la inquisición encargado de expurgar la doctrina y los adeptos.

¡Es que la humanidad, o parte de ella, en su actual estado mental, para regular mejor su marcha y su conducta, y para transformarse y progresar, necesita más de dogmas que de verdades científicas, e instintivamente convierte las verdades en dogmas, porque la fe más que la razón impulsa a los hombres a la acción? ¡Paradojas de la Historia! La vida y las obras de Carlos Marx son un ejemplo instructivo y singular de ello; vida y obras que me propongo examinar sumaria y brevemente, pues su

estudio detallado y minucioso exigiría mucho mayor tiempo y espacio del que ahora dispongo.

Carlos Enrique Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Treveris, sobre el Mosela, ciudad renana, donde el pasaje de los franceses bajo Napoleón ha dejado profundas huellas sobre el espíritu de su población. Su padre, Enrique Marx, fué un abogado judío que se convirtió con toda su familia al protestantismo en 1824. Su madre fué una Presburg, judía holandesa de larga ascendencia de famosos rabinos. Los padres del futuro gran hombre tuvieron una familia numerosa y lucharon duramente por la vida. Liberales, demócratas, patriotas y enemigos del despotismo bonapartista, los Marx llevaban una vida modesta, austera y sencilla. En tal ambiente pasó su infancia el pequeño Carlos Enrique. Sus “magníficos dones naturales” encantaban a sus padres, haciéndolo estudiar en el gimnasio de Treveris, donde recibió su título de bachiller el 25 de septiembre de 1835. Estudió derecho en la Universidad de Bon, llevando allí la vida del perfecto estudiante alemán, contrayendo deudas, bebiendo cerveza y batiéndose en duelo; pero al mismo tiempo estudiando con ardor economía política, filosofía, historia y literatura. Sus poetas preferidos fueron entonces, y durante toda su vida, Homero y Shakespeare. Terminó sus estudios en Berlín en 1841. Se casa con Jenny von Westphalen, “la más bella joven de Treveris”, hija de unos nobles alemanes — produciendo su casamiento con un judío converso un gran escándalo entre la nobleza lugareña. Jenny fué la compañera fiel y abnegada de Carlos Marx durante cuarenta años de destierro, persecuciones, pobreza y sacrificios sin fin. Gracias a su esposa, Marx pudo dar cima a su vasta obra teórica y práctica, pues ella veló siempre sobre su genio con una ternura infinita.

Algunos años antes de la llegada de Marx a Berlín, ésta no era solamente la capital de la Prusia monárquica, feudal y policial, sino también la capital de la filosofía hegeliana, la Meca de los filósofos. Hegel enseñaba desde la cátedra su método dialéctico, cuyas bases principales eran las dos siguientes: 1.º Todo cambia. Todo se modifica. Todo se mueve. No se entra dos veces en la misma corriente. 2.º La lucha es la madre de todas las cosas. Hegel aplicó este principio, de cambio, de evolución universal, a la lógica, a la naturaleza, a la historia, a todas las manifestaciones del espíritu. Todo cambio supone, por otra parte, tres “momentos”: el presente, el pasado, el porvenir. O dicho de otro modo: posición, negación, nueva posición. Se puede decir igualmente: proposición, contraposición, conciliación. En términos hegelianos: tesis, antítesis y síntesis. Tal la famosa “triada” de Hegel, o la ley de cambio en tres grados.

Este concepto metafísico de la evolución, esta dialéctica considerada como una lógica superior, formulada antes de la teoría científica de la evolución, impresionó fuertemente el espíritu vigoroso de Marx, dejando en él una huella imborrable que se refleja a través de toda su monumental obra.

Aspirando a una cátedra en la Universidad, Marx escribe su tesis doctoral sobre la filosofía natural de Epicuro y Demócrito, tesis que comienza con las orgullosas y graves palabras de Prometeo: “declarando la guerra a los dioses y prefiriendo una suerte cruel a someterse a su tiránica voluntad”. Esta tesis produjo un gran escándalo en el mundo universitario alemán, cerrándose para siempre la cátedra para Marx y decidiendo su suerte para el porvenir.

Excede los límites de este trabajo una reseña

biográfica del más grande teórico y revolucionario del siglo XIX. Quiero simplemente bosquejar la línea directriz de su pensamiento y acción, línea que marca una divisoria entre el viejo concepto dogmático, catastrófico e idealista de la revolución social, y el nuevo concepto científico, evolutivo y realista de la misma, que es la característica más gloriosa e imperecedera del autor del “Manifiesto Comunista”.

Marx comienza su acción política como colaborador primero, y como director después, de un diario democrático y de tendencia republicana que la joven burguesía liberal renana fundó en Colonia el 1.º de enero de 1842 con el nombre de “Gaceta Renana” (Die Rheinische Zeitung). Ya en su estremo periodístico Marx muestra su garra de león. Sus temas preferidos son: libertad de prensa, representación nacional, control de las finanzas, unidad aduanera y nacional, etc. Acusado de “simpatía francesa”, la autoocracia prusiana clausura el diario, y Marx emigra a París.

En la Ciudad-Luz entabla relaciones con todos los espíritus grandes y libres de la época. Colabora en revistas y periódicos. Se vincula con Proudhon, George Sand, Bakunin y Engels. Con este último, su vinculación se transforma en íntima amistad personal e intelectual que dura toda la vida en la colaboración teórica y práctica de ambos.

En 1845 aparece el primer libro de Marx en colaboración de Engels, intitulado “La Santa Familia, Crítica del Criticismo Crítico, contra Bruno Bauer y consortes”. Es un trabajo de orden polémico y crítico — como lo son casi todos los de Marx — y tiene un carácter acerbo, mordaz, y decisivo contra las simplezas idealistas del método filosófico abstracto o “especulativo”. Marx se emancipa de la metafísica hegeliana, porque ella es “la expre-

sión especulativa del dogma cristiano y germánico que opone el espíritu a la materia, “Dios al Mundo”. Con este libro Marx rompe con toda la “izquierda hegeliana” y se entrega de cuerpo y alma al estudio del socialismo y de la economía política.

Sus relaciones con Proudhon se estrechan en aquel entonces. El libro de éste “¿Qué es la Propiedad?” lo impresiona fuertemente. “Proudhon escribe — dice Marx — de un interés real, histórico, el de las masas. No solamente escribe en el interés de los proletarios, sino que él mismo es proletario. Su obra es el Manifiesto científico del proletariado francés. “¿Qué es la Propiedad?”, de Proudhon, tiene la misma importancia para la economía política moderna — según Marx — que el escrito de Sieyès, “¿Qué es el tercer Estado?”, para la política moderna”.

En 1846 aparece el famoso libro de Proudhon “Sistema de las Contradicciones Económicas, o Filosofía de la Miseria”. La lectura de este libro convence a Marx del abismo que separa las concepciones de ambos, y en 1847 aparece su no menos famoso libro “Miseria de la Filosofía”, donde Marx opone su método realista y científico al método idealista y apriorístico de Proudhon.

“Miseria de la Filosofía” es un libro de un vigor y un concepto extraordinarios. Marx se ríe, con risa aristofánica, de los “Misterios”, “Secretos arrancados al seno de Dios”, “Revelaciones” y “Génesis” de Proudhon. En sus páginas están ya bosquejadas, en germen, todas las teorías marxistas sobre el capital, salario, lucha de clases, etc.; teorías que luego adquieren su desarrollo completo en “El Capital”. En la última página de su libro, Marx formula el siguiente aforismo: “No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político. Jamás hay movimiento político que no sea, al mismo

tiempo, social”. Y termina con las siguientes vigorosas estrofas de George Sand: “El combate o la muerte; la lucha sangrienta o la nada. Es así como la cuestión está invenciblemente planteada”. Era en vísperas de 1848.

A fines de 1847 aparece el célebre “Manifiesto de los Comunistas”, redactado por Marx y Engels por encargo de la “Federación de los Comunistas”. No quiero analizar aquí el contenido de este extraordinario documento histórico, el más extraordinario de cuantos jamás han salido de pluma humana. El “Manifiesto” fué traducido a todos los idiomas y publicado en centenares de ediciones. Se lo puede considerar como base y el fundamento del socialismo científico, no por las medidas provisorias y de transición que en él se proponen, que según los propios autores “dependen siempre y en todas partes de las circunstancias históricamente dadas” y por eso no dan “grande importancia a las medidas revolucionarias propuestas”, sino por la pléthora de nuevas teorías, de grandes verdades y fecundas enseñanzas en él contenidas. En un estilo de bronce se formulan, en sus pocas páginas, verdades de roca. Podría decirse, sin exageración alguna, que el “Manifiesto Comunista” es la historia natural del régimen capitalista.

Interin, Marx es expulsado de París a pedido del gobierno de Prusia. Se traslada a Bruselas, de donde es también expulsado. Pasa a Londres, mientras estalla, en 1848, en el continente la revolución. Marx vuelve a Alemania. Participa en los movimientos revolucionarios. Funda en Colonia la “Nueva Gaceta Renana”. Se mezcla a todos los acontecimientos del día, los estudia y analiza sus causas y efectos. Derrotada la revolución y triunfante la contrarrevolución, Marx comparece ante el tribunal de Colonia en el proceso de los comunistas. Es

absuelto. Se traslada de nuevo a Londres, donde se radica definitivamente.

Los acontecimientos del año 1848 y sus consecuencias inspiraron a Marx algunos trabajos teóricos de fundamental importancia. “La lucha de clases de Francia de 1840 a 1850”, “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, “Revolución y Contrarrevolución”, fueron escritos durante e inmediatamente después del fragor del combate. Derrotada la revolución, los revolucionarios se entregaron con un furor inaudito a acusarse mutuamente de “traición”. Marx se eleva por encima de estas miserias humanas y se dedica al estudio de las “causas que necesariamente produjeron la reciente revolución y su derrota, causas que no se deben buscar en los esfuerzos, talentos, faltas, errores o “traiciones” de algunos jefes, sino en el estado social general y la condición de existencia de cada una de las naciones revolucionadas”. Los tres escritos arriba mencionados son el estudio objetivo y científico de la historia de aquellos acontecimientos.

Hablando de la conducta de muchos revolucionarios que “sentían la necesidad y tenían la voluntad de hacer la revolución”. Marx escribe en 1850 en “Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia”: “A la concepción crítica, la minoría (de la Federación Comunista) contraponen la dogmática; a la materialista, la idealista. Para ellos la fuerza motriz revolucionaria no está en las condiciones reales de la vida, sino en la mera voluntad. Mientras nosotros decimos a los trabajadores: necesitáis pasar por quince, veinte, cincuenta años de luchas civiles y políticas, no sólo para modificar las condiciones de la vida, sino para modificar a vosotros mismos capacitándoos para el poder, vosotros les decís: O conseguimos pronto el poder o nos echamos a dormir. Mientras nosotros hacemos

ver al obrero alemán, especialmente, el atraso del proletariado alemán, vosotros halagáis del modo más torpe el sentimiento nacional y el prejuicio de clase del artesano alemán, lo cual es, sin duda, más popular. De la misma manera que los demócratas han hecho de la palabra “pueblo” una palabra sagrada, vosotros habéis hecho una cosa sagrada de la palabra “proletariado”. Como los demócratas, pretendéis substituir con frases revolucionarias la evolución revolucionaria”. ¡Duras y amargas verdades formuladas por el fundador del socialismo científico hace 70 años y que son tan actuales y locales, tan de “hoy” y de “aquí”!

Radicado en Londres desde 1852, ejerce el periodismo para ganarse la vida, y es corresponsal londinense de muchos diarios, entre ellos de la “Tribuna de Nueva York”, en cuyas páginas, y en artículos vigorosos, analiza la situación económica y política de los distintos países de Europa, basados en estudios profundos. Al mismo tiempo trabaja asiduamente en el Museo Británico acumulando material para su futura gran obra “El Capital”, cuyo primer fragmento apareció en 1859, con el título “Contribución a la crítica de la economía política”. Recién en 1867 aparece “El Capital. Crítica de la Economía Política. Primer Libro. El proceso de Producción del Capital”.

Mientras elaboraba los tres tomos de “El Capital” — el segundo y el tercero por lo menos en bosquejo, — encontró todavía Marx una ocasión de actividad práctica en el mundo obrero. En 1864 se fundó la “Asociación Internacional de Trabajadores”. Muchos, sobre todo franceses, se han atribuido la gloria de ser fundadores de esa asociación. Por supuesto que ella no pudo ser fundada por uno solo. Pero lo cierto es esto: entre todos los que en ella tomaron parte uno solo veía claro lo

que tenía que ser y lo que había que fundar, y ese fué el hombre que ya en 1848 había lanzado al mundo el grito: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”

“El Capital” es un monumento imperecedero de ciencia histórica, económica, política y social. Asombra y desconcierta el cúmulo enorme de conocimientos de todo orden que el autor ha volcado en sus páginas. Las notas marginales del primer tomo, por sí solas, bastan para acreditar el vasto saber — la ciencia y la conciencia — de Marx. Como en todas sus obras, en “El Capital”, el estilo es de un vigor singular, y el carácter del escrito es crítico, polémico y antidogmático por excelencia. A pesar de ello, o debido a ello, el contenido de la obra es eminentemente objetivo e impersonal. Acusado de sectarismos y odios personales y de clase, Marx mismo pone en guardia, contra esa acusación, al lector en el prefacio de “El Capital”, con la siguiente advertencia: “Una palabra para evitar posibles confusiones. Yo no pinto absolutamente de color de rosa al capitalista ni al proletario de la tierra, porque aquí sólo se trata de las personas en tanto que ellas son la personificación de categorías económicas, los sostenedores de determinadas relaciones e intereses de clase. Conociendo el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso natural, desde mi punto de vista menos que desde otro alguno, se puede hacer al individuo responsable de relaciones sociales de las cuales él mismo es una creación, por más que se eleve subjetivamente sobre ellas”.

Comparando la importancia y resultados de la legislación inglesa sobre el trabajo con la ínfima legislación sobre la misma materia en el continente, dice: “Una nación debe y puede aprender de otra. Aun cuando una sociedad haya encontrado el ca-

mino que por ley natural debe seguir su movimiento — y el objeto final de esta obra es poner a descubierto la ley económica del movimiento de la sociedad moderna, — no puede saltar ni suprimir por decreto las etapas naturales de desarrollo, pero puede acortar y mitigar los dolores del parto”. Y más adelante agrega: “No quiere decir que mañana vayan a ocurrir milagros”. Empero, “muestra cómo, aun en las clases dominantes, nace la idea de que la sociedad actual no es un sólido cristal, sino un organismo capaz de transformarse y constantemente en vías de transformación”. Y Marx se ríe de muy buena gana cuando sus adversarios, principalmente los llamados revolucionarios, lo acusan de que en sus obras “se limita a la simple disección de lo existente, en lugar de prescribir recetas (¿contistas?) para la cocina del porvenir”.

Después de 1870 — acaecida la guerra franco-prusiana, vencida la Comuna de París, disuelta la “Asociación Internacional de Trabajadores”, la enfermedad vino a contrariar la prodigiosa actividad de Marx; a ello ha contribuido, en primer término, una vida llena de privaciones y miserias. “Como de costumbre, dice Engels en el prefacio del segundo tomo de “El Capital”, Marx aprovecha de este contratiempo para entregarse al estudio: sus numerosos cuadernos de este período están llenos de investigaciones sobre la agronomía, sobre las condiciones de la agricultura en América y sobre todo en Rusia, sobre el mercado financiero, los bancos, la geología, la filosofía y las matemáticas”. En 1877, restablecida un tanto su salud, de nuevo se pone a trabajar en el segundo y tercer tomo de “El Capital”, pero, a mediados de 1878, Marx parece haber tenido la convicción de que sin una mejoría radical de su salud no llegaría a terminarlos a su entera satisfacción. Y así

sucedió. El decaimiento progresivo de su salud le impidió terminar su vasta obra. Pero Engels, el amigo fiel y colaborador concienzudo de toda su vida, revisó y compiló los materiales dejados por Marx y pudo publicar el segundo y tercer tomo de "El Capital".

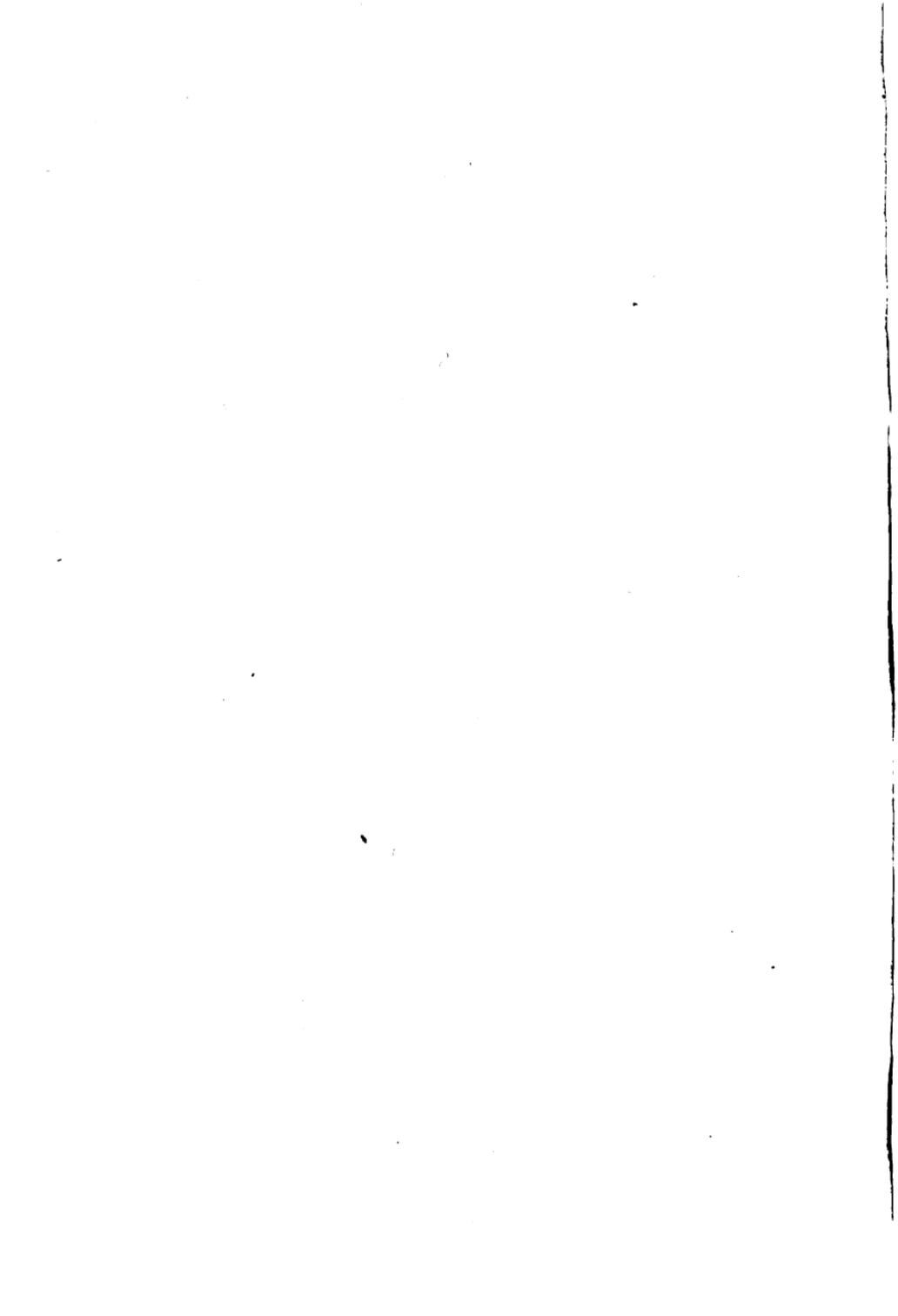
En los últimos años de su vida, Marx quedó ajeno a la agitación pública, pero no por eso fué menos activo en el movimiento obrero europeo y americano. Llegó a ser cada vez más el muy buscado y siempre eficaz consejero del proletariado militante. El 2 de diciembre de 1881 murió su mujer, el 9 de enero de 1883 su hija mayor, y el 14 de marzo del mismo año, Marx se apagó suavemente en su sillón, al lado de su mesa de trabajo. Sus restos mortales descansan en el cementerio de Highgate, en Londres.

La noble, fecunda y agitada vida de Marx, consagrada por entero a la investigación de la verdad social, al estudio objetivo de la historia, al servicio total de la causa del proletariado, es un ejemplo imperecedero para las generaciones futuras. Con su implacable hacha de gigantesco leñador social, derribó ídolos, destruyó dogmas, limpió el camino ascensional de la clase obrera de seculares prejuicios catastróficos y de peligrosas ilusiones mesiánicas, fundando la teoría de su redención sobre bases graníticas de Verdad y Realidad. Marx fué la síntesis del espíritu nuevo, crítico y analítico, del Occidente. Heredero y continuador del método de Descartes, Bacon y Comte, a pesar de su envoltura dialéctica hegeliana, Marx es en la teoría y la práctica de la Historia lo que Lyell en Geología y Darwin en Biología: un innovador genial y fundamental. El marxismo cierra la época del socialismo utópico, místico, dogmático, idealista y catastrófico y abre la era del socialismo

científico. Bajo este punto de vista hay un verdadero abismo entre Marx y sus predecesores. Y fué grande porque representó todo lo que en su época tenía de fuerzas latentes que con su genio supo reflejar en el porvenir.

“Era al principio el Verbo”, afirman las Santas Escrituras y los idealistas; “Era al principio la Acción”, contesta el más excelso poeta moderno, Goethe, y el más grande realista contemporáneo, Marx.

---



### III

#### MIGUEL BAKUNIN (1814-1876)

Rusia fué, durante el siglo XIX, la gran incubadora de revolucionarios, en el viejo y clásico sentido del vocablo. Ya en 1825 se produjo el famoso alzamiento armado de los "decembristas", provocado por los oficiales nobles vueltos de las campañas de Francia e inspirados en la tradición republicana y jacobina de la revolución francesa. No era aquél un movimiento popular. El pueblo no participaba en él; tampoco lo comprendía. Cuando en las calles de San Petersburgo los oficiales sublevados y algunos intelectuales aclamaban a la Constitución, el pueblo creía que se trataba de la mujer de Constantino, hermano de Nicolás I y heredero legítimo del trono.

—¡Viva Constantino y su mujer Constitución!— gritaban muchos.

Aquella sublevación fué ahogada en sangre. Sus principales jefes, todos nobles, fueron ahorcados; y el resto — un centenar — fué deportado a Siberia. El sombrío déspota Nicolás I había triunfado. Y desde un balcón del Palacio de Invierno gritó al pueblo reunido — ¡De rodillas! — Y todo el pueblo se arrodilló ante el tirano sangriento de la santa Rusia, permaneciendo arrodillado durante casi un siglo.

Semejante medio político y social de servidumbre secular, de esclavitud física y mental, de ignorancia y superstición, de despotismo feroz e implaca-

ste, produjo — como lógica y fatal reacción — a revolucionarios de temperamento extraordinario en la historia de los pueblos, a rebeldes solitarios de sombría grandeza, a aislados vengadores del pueblo que sacrificando nombre, posición y fortuna, trataban de derrocar al despotismo oriental de los zares por el atentado individual.

El nihilismo, el terrorismo y el anarquismo no habían aparecido, pues, en Rusia por singular casualidad o por simple azar de los caprichos individuales. Fueron engendrados por un singular ambiente histórico, político y social; se desarrollaron y fortificaron en el flujo y reflujo de las luchas, sin cuartel, entre el despotismo y la revolución, adquiriendo una trágica grandeza en acontecimientos de resonancia universal.

El prototipo del clásico revolucionario ruso — cuya vida y doctrina resume y simboliza a todo un pueblo y a todo un siglo — es, sin duda, el padre del anarquismo moderno, el célebre Miguel Alexandrovich Bakunin.

Como casi todos los grandes revolucionarios rusos — como Kropotkin, como Lavroff y como Lenin — Bakunin es de origen noble. Nació el 20 de mayo de 1814 en el pueblo de Priamouchino, distrito de Torjok, provincia de Tver, entre Moscú y Petrograd. Su padre, gran-ruso, noble y aristócrata, había seguido la carrera diplomática en su juventud, desempeñando funciones de tal en Florencia y Nápoles. A la edad de cuarenta años retorna a su dominio patrimonial, donde se casa con una joven de diez y ocho años, perteneciente a la familia Mouravieff, de la más rancia nobleza rusa. De este matrimonio nacieron, además de Miguel, que fué el mayor, cinco hermanos y cinco hermanas. Es de notarse que, en su juventud, el padre de Bakunin profesaba ideas liberales y fué afiliado a una socie-

dad secreta de “decembristas”; pero después de la represión sangrienta de la sublevación de San Petersburgo y del advenimiento al trono de Nicolás I, descorazonado y escéptico, se dedicó a cultivar sus tierras y a educar sus hijos.

A la edad de 15 años, el joven Miguel entra a la Escuela de Artillería de Petersburgo, donde permanece 3 años; luego es enviado con el grado de alférez y como abanderado de un regimiento acantonado en la provincia de Minsk.

Fué durante la primera insurrección de Polonia. Bakunin presenció el desarrollo de aquella sangrienta revuelta y participó en su feroz represión. El espectáculo de la Polonia aterrorizada influyó poderosamente sobre el corazón del joven oficial y contribuyó a inspirarle horror el despotismo. Al cabo de dos años renunció a la carrera militar, presentando su dimisión (1834) y regresó a Moscú.

En aquel entonces Hegel estaba de gran moda en los círculos intelectuales de Moscú. “Se devoraba este nuevo plato — dice un escritor de la época — con el furor de la voracidad habitual a los rusos; los cabellos que los alemanes cortaban en cuatro, se los volvía a cortar en ocho en Moscú; cada pequeño volumen que aparecía en un rincón de Alemania sobre la filosofía de Hegel, era leído ávidamente y pasaba de mano en mano”. Bakunin se vinculó a estos círculos intelectuales, trabó relación y amistad con el filósofo Stankewich y con el crítico Belinsky; y durante seis años se dedicó a la lectura de los enciclopedistas franceses y al estudio de la filosofía hegeliana, cuyo adepto ferviente se hizo, dejándose deslumbrar por la famosa sentencia de Hegel: “Todo lo real es racional, y todo lo racional es real”: sentencia que justifica lo mismo el despotismo que la revolución.

En 1840, Miguel Bakunin, a la edad de veintiséis

años, se trasladaba a Petersburgo, y de allí a Berlín, con la intención de estudiar más a fondo el movimiento filosófico alemán; pues, tenía el proyecto de dedicarse a la enseñanza y el deseo de obtener, algún día, una cátedra de filosofía en Moscú. En Berlín se adhiere a la izquierda hegeliana con Feuerbach y se declara ateo; ateísmo que luego Bakunin elevó a la categoría de un dogma.

De Berlín pasa a Dresden en 1842. En esta ciudad se relaciona con Arnold Ruge, en cuya revista "Deutsche Jahrbücher" publica su primer trabajo con el título: "La Reacción en Alemania, fragmento por un francés", firmado con el pseudónimo de "Jules Elysard", y cuyo párrafo final se hizo célebre. "Confiemos, pues, al espíritu eterno — escribe Bakunin — que no destruye ni aniquila, sino porque él es la fuente insondable y eternamente creadora de toda vida. La voluntad de destrucción es al mismo tiempo una voluntad creadora". En Dresden, Bakunin, se vincula también con el poeta Herwegh y con el músico Reichel, que fueron luego sus fieles amigos. Después de pasar por Zúrich, Berna y Bruselas, llega a París en 1844, donde permanece hasta fines de 1847.

En París, Bakunin se relaciona con Proudhon, Pierre Leroux y George Sand; conoce a Marx y a Engels, estableciendo con ellos relaciones intelectuales, sobre todo con el primero, cuyo gran antagonista iba a ser después en el movimiento obrero y socialista.

"Marx — escribe Bakunin en 1874, refiriéndose a la época 1844-1847 — era mucho más avanzado que yo, como lo es todavía hoy, no solamente más avanzado, sino incomparablemente más sabio que yo. Yo no sabía entonces nada de economía política, no me deshice aún de las abstracciones metafísicas, y mi socialismo era instintivo. El, aunque más jo-

ven que yo, era ya ateo, materialista, sabio y socialista reflexivo. Fué precisamente en aquella época que él elaboró los fundamentos de su sistema actual. Nos veíamos con bastante frecuencia, porque yo lo respetaba mucho por su ciencia y por su apasionada y seria abnegación, aunque siempre mezclada de vanidad personal, a la causa del proletariado; yo buscaba con avidez su conversación siempre instructiva y espiritual cuando ella no se inspiraba de odio mezquino, lo que sucedía ¡ay! con mucha frecuencia. Sin embargo, jamás hubo franca intimidad entre nosotros. Nuestros temperamentos no lo permitían. El me llamaba idealista sentimental, y tenía razón; yo lo llamaba vanidoso, pérfido y solapado, y también tenía razón”.

Expulsado, a pedido del ministro ruso, de París en 1847, vuelve nuevamente a Bruselas, donde ya estaba Marx también expulsado después de 1845. En esta ciudad sus relaciones con Marx comienzan a agriarse. “Los alemanes — escribe Bakunin a su amigo Herwegh — Bernstedt, Marx y Engels, sobre todo Marx, hacen aquí su mal ordinario. Vanidad, maldad, chismes, fanfarronerías en teoría y pusilanimidad en la práctica — disertaciones sobre la vida, acción y simplicidad — repugnantes coquetterías con literatos y discursadores, repiten a saciedad el epítelo “burgués”, ellos, que son pequeños burgueses de pies a cabeza”. Más adelante, el choque entre estos dos hombres representativos había de ser mucho más rudo y violento.

La revolución de febrero de 1848 abrió las puertas de Francia a Bakunin; regresa a París, desde donde comienza a preparar un movimiento insurreccional en toda Europa. Sería muy largo relatar todas las incidencias y peripecias de aquel movimiento revolucionario que estalló en París, Viena, Berlín, Colonia, Breslau, etc. y la intervención per-

sonal que en él tuvo Bakunin. Baste saber que ella fué compleja y múltiple. Hasta fué acusado, en la “Nueva Gazeta Renana”, dirigida por Marx, de panelavista y de agente del zarismo, acusación desmentida y vuelta a repetirse muchas veces después.

Es que Marx y Bakunin apreciaban de muy distinto modo el alcance y las proporciones de la revolución de 1848. Marx veía en ella principalmente un movimiento democrático y liberal, el triunfo de la clase media, la liquidación del régimen feudal en la Europa Central y un ascenso del proletariado con la conquista de nuevas libertades y nuevos derechos.

En el “Manifiesto Comunista”, escrito en las mismas vísperas de la revolución del 48, Marx y Engels formulan así la conducta de los comunistas:

“En Francia, los comunistas sostienen al partido democrático socialista en su lucha con la burguesía conservadora o radical, al mismo tiempo que se reservan el derecho de someter a su crítica las frases e ilusiones que emanan de la tradición revolucionaria.

En Suiza sostienen a los radicales, sin ignorar que este partido se compone de dos elementos contradictorios: demócratas socialistas, en el sentido francés de la palabra y burgueses radicales.

En Polonia se colocan junto a ese partido que ve en una revolución agraria la condición esencial de la emancipación nacional, junto al mismo partido que en 1846 llevó a cabo la insurrección de Polonia.

En Alemania, tan luego como la burguesía obre revolucionariamente, el partido comunista peleará a su lado contra la monarquía absoluta, la propiedad feudal y la pequeña burguesía de los gremios. Pero no perdona medio alguno de desarrollar en

los obreros la conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado; de suerte que, cuando se halle establecido el imperio de la burguesía, los obreros alemanes puedan convertir en armas contra la burguesía misma las condiciones sociales y políticas que entraña el régimen burgués, y que, derribadas del poder las clases reaccionarias, la lucha contra la burguesía comience en el instante mismo”.

Bakunin, en cambio, veía en el “movimiento revolucionario de la Francia la señal de la revolución universal” y calificaba de “error fatal” a “la opinión casi unánime de los socialistas alemanes de que la revolución política debe preceder a la revolución social”. Y mientras Marx y sus amigos esperaban de la revolución de 1848, por lo menos la elección de asambleas constituyentes y la sanción de nuevas constituciones modernas para los países del occidente y del centro de Europa, Bakunin afirmaba ya entonces, aun antes de haber formulado su doctrina anarquista que “El tiempo de la vida parlamentaria, de las asambleas y constituyentes nacionales ha pasado. Y si uno quiere interrogarse sinceramente, ha de confesar que en realidad el interés por estas viejas formas de gobierno es forzado e ilusorio; yo no creo en constituciones ni en leyes, las mejores constituciones no pueden satisfacerme. Necesitamos algo muy distinto: tempestad y vida y un nuevo mundo sin leyes, pues solamente así será libre”. Se percibe claramente que la manera de ver de Marx y Bakunin, ya entonces, difería fundamentalmente.

Sin embargo, y a propósito de aquellas disidencias, Bakunin escribió en 1871: “En 1848 nos hemos encontrado divididos de opiniones; y yo debo decir que la razón estaba mucho más del lado de Marx que del mío, . . . Arrastrado por la borrachera

del movimiento revolucionario, | yo estaba mucho más ocupado por el lado negativo que positivo de esta revolución... Sin embargo, había un punto que yo tuve razón contra él. Como esclavo, yo quería la emancipación de los esclavos del yugo de los alemanes .. y como patriota alemán, Marx no admitía entonces, como no lo admite todavía ahora, el derecho de los esclavos de emanciparse del yugo de los alemanes, pensando hoy como entonces, que los alemanes están llamados a civilizarlos, es decir, a germanizarlos a las buenas o a las malas”.

Bakunin tomó parte en las insurrecciones de Leipzig, Praga y Dresden, siendo jefe de la insurrección de esta última ciudad. Su gigantesca estatura y su calidad de revolucionario ruso, llamó particularmente la atención sobre él; una leyenda se formó luego alrededor de su persona, se le calificaba “el verdadero alma de toda la revolución”, y se decía que “él ejercía un terrorismo que sembraba el espanto”.

Derrotados los insurrectos por las tropas prusianas, Bakunin se bate en retirada, sobre Chemnitz, en compañía de Heubner y del músico Ricardo Wagner; los dos primeros caen prisioneros, mientras el célebre músico consigue escapar. A propósito de la conducta de Bakunin en esta insurrección, Marx escribe, en 1852, en sus cartas, en el “New York Daily Tribune” — cartas que fueron luego reunidas en un libro con el título de “Revolución y Contrarrevolución” — lo siguiente: “En Dresden la lucha duró cuatro días en las calles de la ciudad. Los tenderos de Dresden, la “guardia comunal” no solamente no combatieron, sino que en muchos casos favorecieron la acción de las tropas contra los insurrectos. Estos se componían casi exclusivamente de obreros de las distintas fábricas suburbanas. Ellos encontraron un jefe capaz y de

sangre fría en el refugiado ruso Miguel Bakunin”.

Encerrado en la fortaleza de Koenigstein (Sajonia), Bakunin, después de muchos meses de prisión preventiva, fué condenado a la pena de muerte el 14 de enero de 1850. En junio del mismo año le fué conmutada la pena por la de prisión perpetua, pero al mismo tiempo fué entregado a Austria, que lo reclamaba. Encerrado en la fortaleza de Olmütz, fué condenado a ser ahorcado el 15 de mayo de 1851; pero de nuevo la pena fué conmutada por la prisión perpetua. Reclamado a su vez por Rusia, le fué entregado por el gobierno austriaco.

Encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo, sufrió allí las torturas físicas y morales de las horrendas prisiones del régimen zarista. Nicolás I quiso arrancarle una confesión por intermedio del conde Orloff. Bakunin contestó al zar en una carta: “Usted desea obtener mi confesión; pero usted no debe ignorar que el penitente no está obligado a confesar los pecados de otros. Yo no poseo más que el honor y la conciencia de no haber traicionado jamás a nadie que haya querido confiar en mí, y es por eso que no le daré a usted ningún nombre”. Cuando Nicolás I leyó esta carta, dijo: “Es un valiente muchacho, lleno de espíritu; pero es un hombre peligroso, es necesario guardarlo detrás de rejas”. En la horrible mazmorra zarista el vigoroso organismo de Bakunin sufrió un serio quebranto. Pero su energía no lo abandonó un solo día. Su implacable odio a la autocracia se agigantaba y el indomable espíritu de rebelión lo dominaba. En los interminables días de horrible soledad gustaba repasar en su espíritu la leyenda de Prometeo, el titán bienhechor de los hombres encadenado sobre una roca del Cáucaso por las órdenes del zar del Olimpo.

Después de la guerra de Crimea y muerto Nicolás

I, Alejandro II indultó a muchos revolucionarios; pero borró de la lista de los indultados el nombre de Bakurín. La madre de éste — una Muravieff — se presentó al nuevo zar implorando gracia para su hijo. El autócrata contestó: “Sabed, señora, que en tanto viva vuestro hijo, jamás podrá ser libre”. Sin embargo, influencias posteriores, en 1857, consiguieron que Alejandro transformara su prisión perpetua por el destierro a Siberia.

Bakunin fué internado en Tomsk, y luego en Irkutsk. Allí se casó, a fines de 1858, con una joven polonesa, Antonia Kwiatkowska. El gobernador de la Siberia Oriental, Muravieff-Amursky, pariente suyo por línea materna, le permitió gozar de ciertas libertades.

Obligado el gobernador a abandonar su puesto por las críticas que se hacían por ser indulgente con los desterrados políticos, Bakunin resolvió evadirse. Abandonó Irkutsk el 17 de junio de 1861, so pretexto de un viaje de negocios y estudios autorizado por el gobierno. Llegó a Nikolaievsk, donde se embarcó en un vapor del Estado, el “Strelók”, yendo a Kastrí, donde se embarcó a su vez sobre un buque mercante, el “Vikera”, que lo condujo al Japón, a Hakodadi; de allí pasó a Yokohama, en seguida a San Francisco, a Nueva York, y el 27 de diciembre de 1861 llegó a Londres, donde fué recibido fraternalmente por Herzen y Ogareff.

Nuevamente en la Europa occidental, Bakunin se entrega a una asombrosa actividad revolucionaria. Colabora en el diario de Herzen “Kolokol” (Campana), pero pronto surge entre ellos una disidencia a causa de las ideas antipolíticas de Bakunin. En 1862 publica dos folletos en ruso: “A mis amigos rusos, poloneses, y a todos los amigos esclavos” y “La causa del Pueblo, ¿Romanoff, Pugacheff o Pestel?” Prepara y participa en la insu-

rrección polonesa de 1863. Viaja de Londres a París, a Estocolmo, a Suiza y a Italia. Reanuda sus relaciones con Proudhon y Marx y conoce a Mazzini. En 1864 concibe un plan de una organización internacional secreta de los revolucionarios con el nombre de "Fraternidad Internacional" o "Alianza de los revolucionarios Socialistas", organización de conspiradores y terroristas que "escandaliza" a sus amigos Herzen y Ogareff.

Sería excesivamente largo detallar la asombrosa actividad revolucionaria de Bakunin en esta época de su vida.

Dirige, en 1866, un llamado "A los oficiales del ejército ruso" para derribar la tiranía. En 1867 toma parte en el congreso de la "Liga de la Paz y de la Libertad", pronunciando un discurso que escandalizó a los demócratas burgueses fundadores de la "Liga". En 1868 funda la "Alianza de la Democracia Socialista", y se afilia a la "Asociación Internacional de Trabajadores", entrando en seguida en áspero y agudo conflicto con Marx y sus amigos y manteniendo con ellos una polémica que termina en una feroz diatriba personal hasta su expulsión de la "Internacional" en 1872. Pero esta faz de su actividad — su intervención en la "Asociación Internacional de Trabajadores" — la estudiaré en otro capítulo.

Los últimos años de su vida los pasa en Italia, donde tiene, lo mismo que en España, numerosos amigos y discípulos. James Guillaume, uno de sus más fervientes admiradores, en una nota biográfica sintetiza así sus últimos cuatro años:

"En 1873 Bakunin está absorbido todo entero con Cafiero, en el negocio de la compra y el arreglo de la propiedad llamada la "Baronata", cerca de Lucano, en la que se instaló a fines del mismo año y donde vivió hasta mediados de 1874; después so-

brevinieron las serias desavenencias con Cafiero, la insurrección de Bolonia (agosto de 1874), su retirada a Lugano, la enfermedad; y Bakunin terminó su carrera agitada y dolorosa el 1.º de julio de 1876 en Berna”, en cuyo cementerio una piedra y un nombre marcan el lugar donde fueron depositados los restos mortales de este gran revolucionario ruso del siglo XIX.

Miguel Bakunin fué ante todo y sobre todo un poderoso agitador revolucionario, producto genuino de la sombría autocracia rusa. El jamás creyó en los métodos pacíficos y evolutivos de la democracia. “El sufragio universal es la contrarrevolución” — repite con Proudhon, pero, en cambio, cree ciegamente en el “instinto revolucionario de los obreros y campesinos, más que en su educación y organización”. Sueña en la revolución social universal brusca y violenta. Cuando habla de Rusia su imprecación se torna apocalíptica. “El imperio ruso representa y realiza un sistema bárbaro, antihumano, odioso, detestable, infame”. “Quiero — agrega — la disolución radical del imperio de todas las Rusias, el aniquilamiento completo de su potencia y de su existencia. Lo quiero tanto por justicia humana como por patriotismo”.

Bakunin vuelve a repudiar — en 1872 — el sufragio universal, negándole toda eficacia y creyéndole perjudicial para las instituciones democráticas y republicanas: “El sufragio universal — dice en “El Imperio Knuto-Germánico y la Revolución Social” — en tanto que es ejercido en una sociedad donde el pueblo, la masa de los trabajadores, es económicamente dominado por una minoría dueña de la propiedad y del capital, y cualquiera sea — o parezca serlo — su independencia y libertad política — el sufragio universal no podrá jamás producir sino elecciones ilusorias, antidemocráticas y

absolutamente opuestas a las necesidades, instintos y voluntad real de las poblaciones”.

A los burgueses los trata de “bestias” y “canallas”. “Los burgueses — escribe — no quieren resignarse a morir tranquilamente sin protestas y sin ruido, como conviene a gentes que no tienen nada que decir ni nada que hacer en este mundo”.

Hablando de los revolucionarios rusos y de sus propósitos, Bakunin afirma que ellos no quieren una simple “constitución como en Bélgica o en Italia o como la que se va a dar esta bienaventurada España”. “Ellos quieren — dice — una revolución social tal como la imaginación del occidente, moderada por la civilización, se atreve apenas a representar”. Y agrega que pronto “se verá, en Rusia, una revolución que sobrepasará, sin duda, todo lo que en materia de revoluciones se ha conocido hasta ahora”.

“La revolución social — dice en otra parte — tal como se la representan, desean y esperan los trabajadores latinos y eslavos es infinitamente más vasta que la que les promete el programa alemán o marxista. No se trata para ellos de la emancipación de la clase obrera parsimoniosamente, medida y realizable a largos intervalos, sino de la emancipación completa y real de todo el proletariado, no solamente de algunos países sino de todos los países civilizados y no civilizados; y la civilización nueva, francamente popular, debe empezar por este acto de emancipación universal”.

Su disidencia con los socialistas alemanes se hace cada vez más irreductible: “El sentimiento de revuelta — escribe, — este orgullo satánico que rechaza la dominación de cualquier amo que sea, ya divino o humano, y que crea en el hombre el amor a la independencia y la libertad, repugna, escandaliza y asusta al socialista alemán”. “La democracia

socialista alemana es ante todo patriótica y política”. “Carlos Marx es un excelente patriota alemán y demócrata socialista sincero”. “Marx no solamente es un socialista sabio, él es también un político muy hábil y un ardiente patriota”, repite constantemente Bakunin. A su vez, los socialistas alemanes lo acusan de paneslavista, de agente del zarismo, de espía, etc., y ¡hasta de agente de Bismarck!

La comuna de París de 1871 ilusionó a Bakunin, haciéndole creer que era la señal de la revolución social y el punto de partida de la “República Universal del Proletariado”. En sus “Cartas a un Francés” traza un plan revolucionario completo para el proletariado francés y universal. Insta a los obreros en armas de la ciudad apoderarse violentamente del Estado, y para atraer a los campesinos a la revolución, aconseja el siguiente método:

“No pudiendo *imponer* la revolución en las campañas, *es necesario producirla, provocando el movimiento revolucionario de los mismos campesinos, empujándolos a destruir con sus propias manos el orden público y todas las instituciones políticas y civiles, constituyendo y organizando la anarquía en las campañas*. Para ello no hay sino un solo medio: es hablarles y empujarles vivamente *en la dirección de sus propios instintos*. Ellos quieren la tierra; que tomen, pues, toda la tierra, expulsando a todos los propietarios que la explotan por medio del trabajo de otros. Ellos no tienen ningún gusto por pagar las hipotecas y los impuestos: que no los paguen. Que no sean obligados a pagar por la fuerza aquellos que no quieren pagar sus deudas privadas. En fin, los campesinos detestan la conscripción: que no sean forzados a dar soldados”.

“Pero dejando a los campesinos repartirse las tierras quitadas violentamente a los propietarios

Burgueses, ¿no se establecerá la nueva propiedad privada sobre fundamentos más sólidos? — se pregunta Bakunin. — De ninguna manera, porque le faltará la consagración jurídica y política del Estado — el Estado y toda la constitución jurídica, la defensa de la propiedad por el Estado, el derecho de familia y el derecho de herencia, debiendo necesariamente desaparecer en el inmenso torbellino de la anarquía revolucionaria. No habrá más derechos ni políticos ni jurídicos — habrá solamente derechos revolucionarios”...

“Pero, se me dirá, ¿esto será la guerra civil? Sí, será la guerra civil. ¿Y por qué estigmatizáis, por qué teméis tanto la guerra civil? Yo os pregunto, la historia en la mano, ¿de dónde salieron los grandes pensamientos, los grandes caracteres y las grandes naciones, si no es de la guerra civil?” Refiriéndose, más adelante, a los campesinos — dice Bakunin: — “Las masas compactas son ganado humano poco propicio al desarrollo y la propaganda de las ideas. La guerra civil, dividiendo esta masa en partes diferentes y creando intereses y aspiraciones diferentes, creará ideas”.

Después de la derrota de la Comuna, Bakunin se torna más sombrío, intransigente y agresivo. Ataca ferozmente a los “políticos obreros”, a los “obreros aburguesados”, a los “socialistas burgueses”, a los “adormideras”.

“El abismo que separa al pueblo trabajador de la burguesía explotadora, dominante y gozadora está abierto — escribe, — y para llenarlo es necesario nada menos que el cuerpo entero de la burguesía, toda la existencia privilegiada de los burgueses”. “Combatir o morir” es, de nuevo, su lema; y proclama “la lucha a vida y a muerte”, método seguido, al pie de la letra, por sus amigos

y discípulos los anarquistas de todos los países, pero principalmente por los revolucionarios y terroristas de Rusia.

Como teórico y escritor, Bakunin fué más bien mediocre y sin originalidad alguna. Tampoco se propuso serlo. Sus amigos, discípulos y admiradores, Carlos Cafiero y Eliseo Reclus, lo sintetizan en el siguiente párrafo en el prólogo de una de sus obras: “La Memoria que hoy publicamos, Dios y el Estado, no es, en realidad, más que un largo fragmento de carta o de relato. Compuesto de igual modo que la mayoría de los trabajos de Bakunin, tienen el mismo defecto literario que todos ellos, lo corto de sus proporciones; además se interrumpe bruscamente; todas las pesquisas que hiciéramos para hallar el fin de este manuscrito, fueron inútiles. Bakunin nunca tuvo tiempo para acabar los trabajos emprendidos. No había concluido una obra cuando tenía ya otras comenzadas. “Hasta mi propia vida no es otra cosa que un fragmento”, decía a los que criticaban sus escritos”. Por otra parte, él mismo reconocía la gran superioridad teórica de Marx.

“Los hechos dan nacimiento a las ideas”, y “entre todos los hechos, los hechos económicos constituyen la base esencial, el fundamento principal, del cual derivan necesariamente todos los otros hechos, intelectuales y morales, políticos y sociales”. Tal el principio “que constituye el fundamento esencial del socialismo positivo y ha sido por primera vez científicamente formulado por Carlos Marx”. “Este principio — agrega Bakunin — es profundamente verdadero cuando se lo considera bajo su verdadera luz, es decir, bajo su punto de vista relativo; pero cuando se lo afirma de una manera absoluta, como el único fundamento de todos los otros principios, como lo afirma la

escuela de los comunistas alemanes, resulta completamente falso”.

Bakunin fué la síntesis y el símbolo del sufrido, esclavizado e instintivamente rebelde pueblo ruso del siglo XIX. Heredero y continuador de Stenka Razin y Pugacheff, su poderosa mentalidad revolucionaria, dogmática — de un sombrío dogmatismo oriental — catastrófica e idealista, es la antítesis de la profunda mentalidad occidental de Marx, crítica, analítica, evolutiva y antidogmática. Bakunin y Marx — dos vidas paralelas — representan el Oriente y el Occidente, respectivamente. ¿Podrá creerse que son el anverso y reverso de la misma medalla: la síntesis necesaria del espíritu humano?

“Todos los revolucionarios rusos son místicos”, afirmó el gran místico y sublime escritor León Tolstoy. ¿No es de un místico esta sentencia final de Bakunin?: “Después de la antropofagia vino la esclavitud, después de la esclavitud la servidumbre, después de la servidumbre el salariado, al que debe suceder primero el día terrible de la justicia, y más tarde, mucho más tarde, la era de la fraternidad”.

¿No es el dogma del juicio final y la esperanza en el mesianismo medioeval del cristianismo?

---



## IV

### ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORES

Derrotado, en el Occidente de Europa, el movimiento revolucionario de 1848, que tuvo un pronunciado carácter proletario-socialista; fracasado el cartismo en Inglaterra; disuelta la "Federación de los Comunistas", muertos, encarcelados, desterrados y dispersos sus miembros más activos; la reacción triunfante pretendió sofocar todo germen de un movimiento obrero y socialista independiente. La década de 1850-1860 marca una paralización casi completa de la actividad proletaria en los principales países europeos y apenas se manifiesta en forma gremial en Inglaterra.

Fueron aquéllos años turbios y tristes para la clase obrera; pero, en cambio, fueron años áureos y radiantes para la clase capitalista. La consigna del ministro burgués Guizot: "Enriqueceos", y la divisa de la escuela manchesteriana: "Dejad hacer, dejad pasar", estaban en pleno auge. Una prosperidad industrial, comercial y financiera daba un enorme poder al mundo capitalista y contrastaba dolorosamente con las sombras espesas que envolvían al mundo proletario.

Recién en 1860 empieza a manifestarse nuevamente una agitación en el seno de la clase obrera de distintos países, que comienza a reponerse de los golpes y humillaciones que recibiera en 1848, interesándose de nuevo por la vida pública y política y tomando un cariz netamente internacional.

En 1862 celébrase en Londres una Exposición Universal como manifestación vital y genuino exponente del gran desarrollo internacional del capitalismo. Un grupo de obreros franceses visitan la Exposición y son recibidos y agasajados por los obreros ingleses. Este acontecimiento pone en contacto y establece una inteligencia entre los obreros de los dos países de mayor desarrollo capitalista para deliberar acerca de sus reivindicaciones comunes.

En 1863 estalla la insurrección polonesa, que tiene la simpatía y el apoyo de los obreros, socialistas y demócratas de todos los países; pero la soldadesca zarista la ahoga nuevamente en sangre, y después de una lucha salvaje y sin igual, la paz vuelve a reinar en Varsovia. Esta cruel represión provocó en Londres una reunión internacional de protesta el 28 de septiembre de 1864, en el St. Martín Hall. En esta reunión fué fundada la "Asociación Internacional de Trabajadores"; pero su organización definitiva y la aprobación de sus estatutos data de su primer Congreso, que tuvo lugar en Ginebra del 3 al 8 de septiembre de 1866.

Sobre la fundación, existencia, desarrollo, programa y propósitos de la primera Internacional, se ha creado una verdadera leyenda. Se le atribuyó millones de adherentes y un tesoro de guerra fabuloso. El diario capitalista más grande, el mejor informado y más influyente — "The Times" — escribió, después del Congreso de Bruselas (1868), lo siguiente: "Desde la época de la aparición del Cristianismo y del Renacimiento del mundo antiguo, no se encuentra nada parecido a este movimiento obrero". Esta apreciación exagerada, sin duda, en su alcance inmediato, es, empero, muy significativa; máxime teniendo en cuenta que los fundadores de la Internacional — Carlos Marx a

la cabeza — no eran amigos de ninguna táctica de reclame ni de bluff. La “Asociación Internacional de Trabajadores”, cuyo origen modesto y propósitos concretos contrasta con las vagas y utópicas aspiraciones revolucionarias del proletariado de la primera mitad del siglo XIX, vivió pocos años, tuvo reducido número de afiliados, no tuvo más que deudas, fué “un gran espíritu en un pequeño cuerpo”, según la expresión de uno de sus fundadores; “La Internacional — escribe Engels — no vivió más que nueve años. Pero el lazo eterno creado por ella entre los proletarios de todos los países existe todavía”.

La “Asociación Internacional de Trabajadores” se fundó sobre las bases del Mensaje Inaugural y de los Estatutos redactados personalmente por Marx con una “maestría reconocida por el mismo Bakunín y los anarquistas”. “En ambos documentos — escribe Werner Sombart en su libro Socialismo y Movimiento Social — dió Marx muestras de ser un diplomático habilísimo. El mensaje inaugural es un verdadero modelo de sagacidad diplomática; está redactado con obscuridad, pero con una obscuridad deliberada. Habíase impuesto la misión de reunir bajo un mismo techo todas las variedades del movimiento proletario: a los franceses prudonistas y partidarios de las cooperativas, a los ingleses afectos a los gremios, a los italianos mazzinianos, y a los alemanes partidarios del movimiento de Lassalle; y supo realizar esta misión de una manera sorprendente. Hacía justicia a todos y a cada uno de ellos. Describía de mano maestra la miseria en que el capitalismo había lanzado a la población obrera; pero también reconocía los triunfos de las Trades Unions. Ensalzaba las ventajas y los frutos del movimiento cooperativo libre (Proudhon, Bucher), pero también tenía una pa-

labra amiga para las cooperativas de producción, subvenciones por el Estado (Lassalle, Blanc). De todo ello sacaba la única conclusión que entonces podía ser a todos simpática: que el proletariado de todos los países debía hacerse consciente de su solidaridad internacional. En algunas frases vagas y sentimentales que, a decir verdad, no salían espontáneas de la pluma de Marx, encuentran su ecuación los puntos litigiosos de cada país, y un lazo de unión sus defensores. Los Estatutos están llenos también de *apreciaciones* que en el fondo llevan envueltos los fundamentos del marxismo con concesiones y distingos; por ejemplo, el llamamiento a la *Verdad*, a la *Justicia* y a la *Moral*, pero en las cuales se ha huído cuidadosamente de toda insistencia. Con un poco de buena voluntad puede dárseles otra interpretación y aceptarlas sin comprometerse. De los fines de la Asociación Internacional de Trabajadores apenas si se hablaba”.

Por su valor histórico y documental, y para desvanecer apreciaciones falsas y errores sinceros o intencionales, que pretenden vincular — tergiversando la verdad — la llamada tercera Internacional de Moscú a la primera Internacional, cuando en realidad la de Moscú desciende en línea recta de la “Alianza de la Democracia Socialista”, de Bakunín, que fué fundada por éste con el avieso propósito de dominar primero a la “Asociación Internacional de Trabajadores” y — no habiéndolo conseguido — destruirla después, reproduzco aquí — creo que esto sucede por primera vez en el idioma español — el Preámbulo, algunos artículos de carácter general del Estatuto y del Reglamento y las principales resoluciones de los cinco congresos de la primera Internacional. Su lectura atenta demuestra cómo el espíritu marxista iba infiltrándose poco a poco, pero de un modo sistemático; hasta que

el espíritu bakunista, aprovechando circunstancias históricas fortuitas, consiguió disolverla.

He aquí el *Preámbulo* y los principales artículos del Estatuto y Reglamento:

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser la obra de ellos mismos; que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes;

Que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre: política, moral y material;

Que por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es el gran fin al cual debe estar subordinado todo movimiento político;

Que todos los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diversas profesiones de cada país, y de una unión fraternal entre los trabajadores de diversos países;

Que la emancipación de los trabajadores no es simplemente un problema local o nacional; que al contrario, este problema interesa a todas las naciones civilizadas, y su solución está subordinada necesariamente a su concurso teórico y práctico;

Que el movimiento realizado entre los obreros de los países más industriales de Europa, haciendo nacer nuevas esperanzas, da una advertencia solemne para no recaer en los viejos errores, y aconseja combinar los esfuerzos todavía aislados;

Por estas razones:

El Congreso de la "Asociación Internacional de Trabajadores" — celebrado en Ginebra el 3 de septiembre de 1866 — declara que esta "Asociación", como todas las sociedades o individuos a ella ad-

neridos, reconocerán como debiendo ser la base de su conducta hacia todos los hombres: la *Verdad*, la *Justicia* y la *Moral*, sin distinción de color, de creencia o de nacionalidad.

El Congreso, considerando como un deber reclamar no solamente para los miembros de la "Asociación" los derechos del hombre y del ciudadano, sino también para cualquiera que cumpla con sus deberes: *No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes.*

Es con este espíritu que el Congreso ha adoptado definitivamente los siguientes estatutos de la "Asociación Internacional de Trabajadores".

El Estatuto se compone de once artículos: el primero, quinto, sexto, octavo y décimo son de carácter general y por eso los transcribimos; los otros son de carácter particular e interno y su importancia es relativa.

Artículo 1°. Queda establecida una Asociación para procurar un punto central de comunicación y cooperación entre los obreros de los diferentes países que aspiran al mismo fin, a saber: la ayuda mutua, el progreso y la completa liberación de la clase trabajadora.

Artículo 5°. El Consejo General establecerá relaciones con las diferentes asociaciones obreras, para que los trabajadores de cada país estén constantemente al corriente de los movimientos de su clase en los otros países; una encuesta sobre el estado social será hecha simultáneamente y con un mismo espíritu; que las cuestiones propuestas por una sociedad, y cuya discusión sea de interés general, serán examinadas por todas, para que la "Asociación" pueda obrar de una manera uniforme cuando una idea práctica o una dificultad internacional reclamara su acción. El Consejo General, cuando lo crea necesario, tomará la iniciativa

de someter proposiciones a las sociedades locales o nacionales. Publicará un boletín para facilitar sus comunicaciones con las secciones.

Artículo 6°. Ya que el éxito del movimiento obrero no puede ser asegurado en cada país si no es por la fuerza resultante de la unión y de la asociación; que, por otra parte, la utilidad del Consejo General depende de sus relaciones con las sociedades obreras, ya sean nacionales, ya locales; los miembros de la “Asociación Internacional” deberán hacer todos los esfuerzos, cada uno en su país, para reunir en una asociación nacional las diversas sociedades obreras existentes.

Se sobreentiende que la aplicación de este artículo está subordinada a las leyes particulares que rigen en cada nación. Pero, salvo obstáculos legales, ninguna sociedad está eximida de relacionarse directamente con el Consejo General de Londres.

Artículo 8°. Todo aquel que adopte y defienda los principios de la Asociación puede ser admitido como miembro de ella; pero esto, sin embargo, bajo la responsabilidad de la sección que lo reciba.

Artículo 10°. Aunque unidos por un lazo fraterno de solidaridad y cooperación, las sociedades obreras, no por ello dejarán de continuar su existencia sobre las bases que les son particulares.

Además del Preámbulo y del Estatuto, el Congreso de Ginebra sancionó también un Reglamento interno para la “Asociación Internacional de Trabajadores”, cuyo penúltimo artículo tiene un interés general.

Artículo 14°. Cada sección está libre de redactar sus estatutos y reglamentos particulares de acuerdo con las *circunstancias locales* y con las *leyes de su país*; pero ellos no deben ser contrarios al estatuto y reglamento general.

La sanción del Preámbulo, Estatuto y Reglamen-

to fué obra del primer congreso de la Primera Internacional celebrado en Ginebra del 3 al 8 de septiembre de 1866.

El segundo Congreso se realizó en Lausana del 2 al 7 de septiembre de 1867. En él se han tratado una serie de cuestiones sobre crédito, bancos populares, moneda y papel moneda, seguro mutuo y sociedades obreras. Se recomendó el *crédito gratuito* para los trabajadores a fin de fomentar el desarrollo de la cooperación de producción y consumo.

Sobre las funciones del Estado, el Congreso emite el siguiente voto: “El Estado no es, o no debiera ser, sino el estricto ejecutor de las leyes votadas y reconocidas por los ciudadanos.

Los esfuerzos de las naciones deben tender a convertir el Estado en propietario de los medios de transporte y de circulación, a fin de aniquilar el poderoso monopolio de las grandes compañías.

Formulamos un voto para que el hombre culpable sea juzgado por ciudadanos nombrados por el sufragio universal”.

Sobre las libertades políticas, como factor de instrucción social del pueblo y de emancipación del proletariado, el Congreso vota la siguiente orden del día:

“1.º Que la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política.

2.º Que el establecimiento de las libertades políticas es una medida previa de una necesidad absoluta.

El Congreso resuelve renovar solemnemente cada año la precedente declaración y comunicarla oficialmente a todos los miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores, así como a los del Congreso de la Paz, pidiendo su concurso enérgico

para conseguir, al fin, para todos los pueblos los derechos imprescriptibles de 1789”.

El tercer Congreso se celebró en Bruselas del 6 al 13 de septiembre de 1868; en él se votaron tres resoluciones muy importantes sobre el maquinismo, la guerra y las huelgas; resoluciones que caracterizan bien la naturaleza y los propósitos de la primera Internacional, inspirados y dirigidos por Marx y sus amigos y discípulos.

La resolución sobre el maquinismo dice así:

“Considerando que, por una parte, la máquina ha sido uno de los poderosos medios de despotismo y de extorsión en manos del capitalista, y que, por otra parte, los desarrollos que ella adquiere deben crear las condiciones necesarias para la substitución del sistema del salariado en un sistema de producción verdaderamente social:

Considerando que la máquina no rendirá verdaderos servicios a los trabajadores sino cuando una organización más equitativa la habrá puesto en su posesión.

El Congreso declara:

1.º Que sólo por las asociaciones cooperativas y por una organización del crédito mutuo el productor podrá llegar a la posesión de las máquinas;

2.º Que, sin embargo, en el estado actual, hay lugar, para los trabajadores constituídos en sociedades de resistencia, de intervenir en la introducción de las máquinas en los talleres para que esta introducción no tenga lugar sino con ciertas garantías o compensaciones para el obrero”.

¶ Casi en vísperas de la guerra franco-prusiana y después de las sangrientas guerras entre Alemania y Austria, el tercer Congreso de la Internacional de Bruselas votó una orden del día contra la guerra, aconsejando la huelga general para impedirla. He aquí dicha resolución:

“Considerando que la justicia debe ser la regla para las relaciones entre los grupos naturales — pueblos, naciones — lo mismo que entre los ciudadanos; que la causa primordial de la guerra es la falta de equilibrio económico;

Que si la guerra tiene por causa principal y permanente la falta de equilibrio económico, y por lo tanto no puede ser abolida más que por la reforma social, ella — la guerra — tiene, sin embargo, por causa auxiliar la arbitrariedad que resulta de la centralización y del despotismo;

Que los pueblos pueden, pues, desde ahora disminuir el número de las guerras, oponiéndose a los que las hacen o las declaran;

Que este derecho pertenece sobre todo a las clases obreras, sometidas casi exclusivamente al servicio militar, y que ellas solas pueden darle una sanción;

Que para ello tienen un medio práctico, legal e inmediatamente realizable;

Que, en efecto, el cuerpo social no podría vivir si la producción fuese detenida durante un cierto tiempo; que bastaría, pues, a los productores dejar de producir para hacer imposibles las empresas de los gobiernos personales y despóticos;

El Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, reunido en Bruselas del 3 al 13 de septiembre de 1868, resuelve protestar con la más gran energía contra la guerra.

El Congreso invita a todas las secciones de la Asociación, cada una en su respectivo país, así como a todas las sociedades obreras y a todos los grupos de obreros de cualquier carácter que ellos sean, a obrar con la mayor actividad para impedir una guerra de pueblo a pueblo, que hoy no podría ser considerada sino como una guerra civil, porque he-

cha entre productores, ella sería una lucha entre hermanos y ciudadanos.

El Congreso recomienda, sobre todo a los trabajadores, de paralizar *todo trabajo* en el caso de que una guerra estallara en sus respectivos países.

El Congreso cuenta suficientemente sobre el espíritu de solidaridad que anima a los trabajadores de todos los países para esperar que su apoyo no faltará a esta guerra de los pueblos contra la guerra”.

Frente a las numerosas huelgas producidas en aquellos años como consecuencia del desarrollo enorme del capitalismo y de las crisis por él engendradas, y frente al carácter revolucionario que blanquistas y bakunistas pretendían imprimir a dichas huelgas, el Congreso Internacional de Bruselas ha querido definir la naturaleza y el alcance de las mismas, votando la siguiente orden del día:

“El Congreso declara que la huelga no es un medio para libertar completamente al trabajador, pero que ella es, con frecuencia, una necesidad en la actual situación de lucha entre el trabajo y el capital;

Que hay lugar para someter la huelga a ciertas reglas, a condiciones de organización, de oportunidad y de legitimidad;

Que bajo el punto de vista de la organización de la huelga, hay lugar, en las profesiones que todavía no tienen sociedades de resistencia, a crear estas sociedades, después solidarizar entre sí a las sociedades de resistencia de todas las profesiones y de todos los países; que, en una palabra, es necesario continuar, en este sentido, la obra emprendida por la Internacional y tratar de hacer entrar al proletariado en masa en esta Asociación;

Que bajo el punto de vista de la oportunidad y de la legitimidad de las huelgas, hay lugar a nom-

brar en la Federación de los grupos de resistencia de cada localidad una Comisión formada por delegados de estos diversos grupos para constituir un Consejo de Arbitraje para juzgar de la oportunidad y de la legitimidad de las huelgas eventuales; por otra parte, es necesario dejar, para la formación de este Consejo de Arbitraje, una cierta amplitud a las diferentes secciones según las costumbres, los hábitos y las legislaciones particulares.”

El cuarto Congreso de la primera Internacional se celebró en Basilea del 6 al 16 de septiembre de 1869; pero su labor fué ya seriamente perturbada por la áspera lucha comenzada entre los partidarios de Marx y Bakunín en el seno de la “Asociación Internacional de Trabajadores”.

Después de la derrota de la insurrección de Polonia de 1863 y de algunas tentativas de insurrección en Rusia en 1865 y 1866, Bakunín se incorpora en 1867 a la “Liga de la Paz y de la Libertad”, organizada por un grupo de burgueses republicanos y francmasones y de cuyo comité central es elegido miembro y por cuyo encargo publica su “Federalismo, Socialismo y Antiteologismo”, trabajo donde se bosquejan sus ideas anarquistas. Dándose cuenta de la importancia creciente de la “Asociación Internacional de Trabajadores”, Bakunín pretende establecer un pacto entre esta organización genuinamente proletaria y la “Liga de la Paz y de la Libertad”, pacto que el Congreso de Bruselas de 1868 rechazó. Bakunín no se arredra ante este fracaso, y a mediados de 1868 se radica en Ginebra para extender de allí su influencia revolucionaria a Italia, España y parte de Francia; se hace admitir como miembro de la Sección de la Internacional de esta ciudad; pero, al mismo tiempo, funda su “Alianza de la Democracia Socialista” — organización también internacional, con sus secciones na-

cionales, con su programa público y estatuto secreto — pretendiendo incorporarla, como un organismo dentro de otro organismo, a la “Asociación Internacional de Trabajadores” para dominarla primero y para destruirla después si no fuese posible su dominación.

Es interesante conocer los propósitos públicamente confesados de la “Alianza”. He aquí su declaración de principios:

“1.° La Alianza de la Democracia Socialista se declara atea; ella quiere la *abolición de los cultos, la substitución de la ciencia a la fe y de la justicia humana a la justicia divina.*

2.° Ella quiere ante todo la igualdad política, económica y social de las clases y de los individuos de ambos sexos, comenzando por la abolición del derecho de herencia para que en el porvenir el disfrute sea igual a la producción de cada uno y que, conforme a la decisión tomada por el último congreso obrero de Bruselas, la tierra, los instrumentos de trabajo, como todo otro capital, pasando a ser propiedad colectiva de la sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores: es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales.

3.° Ella quiere, para todos los niños de ambos sexos, desde su nacimiento a la vida, la igualación de los medios de desarrollo: es decir, de manutención, educación e instrucción en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes; convencida que esta igualación, al principio solamente económica y social, tendrá por resultado conducir cada vez más, a una gran igualación natural de los individuos, haciendo desaparecer todas las desigualdades ficticias, productos históricos de una organización falsa e inicua.

4.° Enemiga de todo despotismo, no reconocien-

do otra forma política que la forma republicana, desechando absolutamente toda alianza reaccionaria, ella rechaza también toda acción política que no tuviese por objeto inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital.

5.° Ella reconoce que todos los estados políticos y autoritarios actualmente existentes, reduciéndose, cada vez más, a las simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus respectivos países, deberán desaparecer en la unión universal de las libres asociaciones agrícolas e industriales.

6.° La cuestión social, no pudiendo encontrar su solución definitiva y real sino sobre la base de la solidaridad internacional o universal de los trabajadores de todos los países, la Alianza rechaza toda política fundada sobre el llamado patriotismo y sobre la rivalidad de las naciones.

7.° Ella quiere la asociación universal de todas las asociaciones locales por la libertad".

La "Alianza" tenía, por otra parte, un estatuto secreto conocido con el nombre de "Catecismo revolucionario" y que en sus veintiseis artículos organizaba y reglamentaba minuciosamente la "revolución universal" por medio del "terror" y de la "destrucción" y para hacer surgir del "caos revolucionario" una sociedad "Sin Amo, sin Dios, y sin Estado". Este "Catecismo Revolucionario", estatuto o reglamento "archianarquista" y "pandestructor", escrito por el mismo Bakunín, y que con justa razón se ha comparado al famoso estatuto de los jesuitas, redactado por Ignacio de Loyola, fué conocido por un informe y una serie de documentos publicados por orden del Congreso Internacional de La Haya de 1872, informe de la más alta impor-

tancia, donde se historia, con la prueba de documentos auténticos, la intervención “destructora” y “disolvente” de Bakunín en el seno de la Internacional; informe que vió la luz en Londres el 21 de Julio de 1873, y que lleva las firmas de los miembros de la Comisión nombrada por el Congreso de La Haya, y que son: E. Dupont, F. Engels, Leo Frankel, C. Le Moussu, Karl Marx, Aug. Serraillier.

Este estudio resultaría excesivamente largo si en él se entrara a detallar todas las incidencias y peripecias de la áspera y violenta lucha entablada entre Marx y Bakunín, entre el Occidente y el Oriente, en el seno de la primera Internacional y que en su tiempo adquirió un carácter de orden personal. A medio siglo de distancia, los detalles de la lucha — por más ruidosos que hayan sido — se esfuman y desaparecen. Queda el fondo de la cuestión: que es permanente y general. El choque entre Marx y Bakunín, no fué un choque entre dos personas, por prominentes que hayan sido, sino entre dos corrientes históricas, entre dos conceptos políticos antagónicos, entre el dogma de la “revolución catastrófica” y la doctrina de la “evolución revolucionaria”. Para Marx, la “Asociación Internacional de Trabajadores” debía ser un foco central para el movimiento proletario; un sitio del cual emanasen direcciones, excitaciones y estímulos para los movimientos obreros, de todos los países; un centro que difundiese un espíritu de unidad capaz de disciplinar y unificar los movimientos obreros nacionales. La fundación de la primera Internacional fué, para Marx, la respuesta práctica a aquel grito de “Proletarios de todos los países, uníos!” que él mismo lanzara en 1847, y que, poco a poco debía transformarse en una sola gran corriente reuniendo y

agrupando en su seno los distintos raudales del movimiento socialista. En cambio, para Bakunín, la Internacional debía ser un foco de conspiraciones y de conjuraciones, “la única potencia creadora del porvenir político y social” capaz de “encender en toda Europa la hoguera de la Revolución”, y que para ello bastaría un “par de centenares de personas resueltas”. Bakunín acusaba a Marx de querer imponer a la Internacional su “dictadura personal” por “vanidad” y “ambición”, y para infiltrarle su espíritu “legalitario” y “reformista”; mientras que Marx acusaba a Bakunín de “misterioso papa de Locarno”, de espíritu “disolvente” y “destructor”, de “paneslavista”, de “anarquista”, etc. El mismo Bakunín escribe a propósito de su disidencia con Marx:

“Es la contradicción ya histórica que existe entre el comunismo científicamente desarrollado por la escuela alemana y aceptado en parte por los socialistas americanos e ingleses de un lado, y el prudonismo ampliamente desarrollado hasta en sus últimas consecuencias del otro lado y aceptado por el proletariado de los países latinos”.

Por su parte, Kropotkin, discípulo y continuador de Bakunín, en sus “Memorias de un Revolucionario” escribe en 1899: “El conflicto entre los partidarios de Marx y Bakunín no tenía un carácter personal; era el resultado inevitable del antagonismo entre los principios federales y los centralizadores; el municipio libre y la paternal tutela del Estado; la acción espontánea de las masas y el mejoramiento de las condiciones capitalistas existentes por medio de la legislación; conflicto entre el espíritu latino y el “geist” alemán que, después de la derrota de Francia en el campo de batalla, reclama la supremacía en el terreno de la ciencia, en el de la política y también en el del so-

cialismo, calificando de “científica” su concepción de estas ideas y de utópica la de todas las demás”.

Pero quien mejor, y con más maestría traza los dos espíritus antagonicos en lucha en el seno de la primera Internacional es Emilio Zola en su inmortal novela “Germinal”. Trátase de la adhesión de los obreros mineros en huelga a la Internacional, cuyo nombre ejerce una influencia misteriosa sobre el espíritu de las masas. En un diálogo, en el momento más álgido de la huelga, entre el obrero minero francés Esteban, caudillo de los huelguistas y socialistas, y el obrero maquinista y anarquista ruso Suverin:

“—Mira, dijo Esteban, si supiese que por mí iba a correr una gota de sangre de un compañero nuestro, ahora mismo emigraba a América.

El maquinista Suverin se encogió de hombros, y de nuevo una sonrisa singular contrajo sus labios.

—¡Oh! ¡La sangre!... ¿qué importa que corra? ¡buena falta le hace a la tierra!

Esteban se calmó, y, cogiendo una silla, fué a sentarse enfrente de él, al otro lado de la mesa. Aquella cara afeminada, cuyos ojos melancólicos adquirirían a veces una expresión de ferocidad salvaje, ejercían sobre él cierta influencia misteriosa, que no sabía explicarse. Poco a poco, y a pesar de que su amigo no hablaba, quizá por eso mismo, se iba quedando absorto.

—Vamos a ver (preguntó): ¿qué harías tú en mi caso? ¿No tengo razón en querer salir de esta inactividad?... ¿No es verdad que lo mejor es entrar en esa Asociación?

Suverin, después de lanzar una bocanada de humo de su cigarrillo respondió con su frase favorita:

—Sí; una tontería... pero, en fin, siempre es algo... por algo se ha de empezar. Además la Inter-

nacional marchará por el buen camino. Ya se está ocupando de ello.

—¿Quién?

—¡El!

El ruso pronunció esta palabra a media voz, con cierto aire de fervor religioso y dirigiendo una mirada a Oriente. Hablaba del maestro, de Bakunín, el exterminador.

—Sólo él puede dar el golpe (añadió); porque todos esos sabios, (como Karl Marx), que tú admiras, son un atajo de cobardes... Antes de tres años, la Internacional, obedeciendo sus órdenes, habrá destruído la sociedad vieja.

Esteban prestaba atención. Ardía en deseos de instruirse, de comprender ese culto de la destrucción, sobre el cual el ruso no pronunciaba nunca más que palabras vagas, como si quisiera conservar secretos sus misterios.

Bien... pero explícame al menos qué queréis hacer.

—Destruir todo... Que no haya más naciones, ni gobiernos, ni propiedades, ni Dios, ni culto.

—Comprendo; pero ¿qué se conseguirá con eso?

—La sociedad primitiva y sin forma; un mundo nuevo; otra vez el principio de todo.

—¿Y los medios de ejecución? ¿Con cuáles contáis?

—Con el fuego, con el veneno, con el puñal. El bandido es el verdadero héroe, el vengador del pueblo, el verdadero revolucionario en acción, sin frases aprendidas en los libros. Es menester que una serie de atentados horribles espante a los poderosos y despierte al pueblo.

Y a medida que hablaba Suverin, iba adquiriendo una expresión terrible, feroz. El éxtasis en que se hallaba le hacía levantar de su asiento; de sus ojos azules salía una llamarada mística, y con sus

delicados dedos, contraídos, agarrados al filo de la mesa, parecía querer hacerla pedazos. Esteban, asustado, le miraba, pensando en las historias cuya vaga confidencia le había hecho el ruso; en las minas cargadas de dinamita debajo del palacio del zar; en los jefes de policía muertos a puñaladas; en una querida de Suverin, la única mujer a quien había amado, ahorcada en Moscú una mañana de mayo, mientras él confundido entre la multitud, la besaba, por última vez, con los ojos.

—No, no (murmuraba Esteban, haciendo un gesto como para rechazar aquellas visiones abominables): nosotros no estamos en ese caso. ¡El asesinato, el incendio! ¡jamás! Eso es monstruoso, eso es injusto; todos los camaradas se levantarían como un solo hombre para ahogar al culpable.

Y seguía no comprendiendo ni palabra de aquello, porque su razón rechazaba la terrible pesadilla de aquel término general. ¿Qué harían después? ¿De dónde surgirían los pueblos nuevos? Ante todo, exigía una respuesta a esas preguntas.

—Explícame tu programa. Nosotros, ante todo, queremos saber adónde vamos.

Entonces Suverin, que se había puesto a fumar otra vez, contestó con su tranquilidad acostumbrada:

—Todo razonamiento sobre el porvenir es un crimen, porque impide la destrucción, detiene o retrasa la marcha de la revolución”.

Esta página vigorosa de Zola traza, de mano maestra, el antagonismo espiritual de las dos tendencias en pugna en el seno de la primera Internacional. Esteban y Suverin representan y simbolizan a Marx y a Bakunin respectivamente, al espíritu occidental y al espíritu oriental. Antagonismo, al parecer, irreductible, cuyo origen se pierde en la prehistoria humana; se exaspera entre Persia y

Grecia; avanza con la invasión de los bárbaros asiáticos, sumergiendo a Roma; se cristaliza en Bizancio y Constantinopla, y se mezcla y confunde en Moscú. Es el Asia, cuna de todas las religiones, que proyecta su sombra milenaria sobre Europa, cuna de todas las ciencias.

La guerra francoprusiana de 1870 impidió la realización del Congreso que en este año debía celebrar la "Asociación Internacional de Trabajadores". A pesar de la protesta contra la guerra y de la huelga general votada por el Congreso de Bruselas en 1868 para el caso que la guerra se produjera, ella estalló, con todas sus desastrosas consecuencias materiales, mentales y éticas. La guerra vino a complicar y ahondar más los antagonismos internos de la Internacional. Mientras Marx, en dos comunicaciones que a nombre del Consejo Federal de Londres dirigiera en fecha de 23 de julio y 9 de septiembre de 1870 a los miembros de la "Asociación Internacional de Trabajadores" de Europa y Estados Unidos, analiza la guerra francoprusiana con un criterio realista y objetivo atribuyéndola a ambiciones dinásticas de "Luis Bonaparte, que había usurpado el poder explotando la lucha de clases en Francia, y que lo había mantenido a fuerza de guerras con el exterior", y que "el complot guerrero de julio de 1870 no es otra cosa que una edición mejorada del golpe de estado de diciembre de 1851". Por eso Marx afirma que "del lado alemán, la guerra es guerra de defensa" y: "Si la clase trabajadora alemana permite que la presente guerra pierda su carácter puramente defensivo y degenera en una guerra contra el pueblo francés, esa victoria sería igualmente desastrosa como una derrota". Más adelante agrega:

"La clase obrera alemana ha apoyado enérgica-

mente la guerra, puesto que para impedirlo no disponía de ningún poder; y la ha apoyado como una guerra por la independencia de Alemania y por la liberación de la misma y de Europa de la garra opresora del segundo imperio”.

Y dirigiendo un llamado a los obreros de los otros países — advirtiéndoles que “en el fondo de esta lucha de suicidas está la figura no ignorada de Rusia” — pidiéndoles apoyen a los obreros de Francia en sus hercúleos esfuerzos para implantar la República, Marx termina su segunda comunicación con las siguientes proféticas palabras:

“Pueden los comités de la Asociación Internacional de los Trabajadores excitar la clase obrera de todos los países a un activo movimiento. Si los obreros olvidan su deber, si se mantienen pasivos, la terrible guerra actual no será más que una precursora de luchas internacionales mucho más espantosas y en cada país ocasionará nuevas derrotas obreras por obra de los hombres de la espada, de los terratenientes y del capital.

¡Viva la república!”

En cambio, Bakunín ve en la guerra franco-prusiana la “señal de la revolución europea y universal”. Pero, temiendo el triunfo de los ejércitos de Alemania “con todos sus tenderos rabiosos, sus oficiales hidalgos, sus generales feroces, sus príncipes insolentes, su ministro “mitad zorro, mitad lobo, y su viejo rey por la gracia de Dios, Guillermo el Brutal”: — temiendo ésto, Bakunín aconseja al pueblo francés “la resolución enérgica y desesperada de no ceder a los prusianos ni una pulgada de su territorio, ni una piedra de sus fortalezas; y no entrar en conversaciones con los alemanes en tanto quede un solo soldado prusiano sobre la tierra de Francia”. En la derrota de Francia, Bakunín ve la derrota del espíritu de la

revolución, y para evitarlo escribe a sus amigos de Lyon: “El movimiento patriótico de 1792 no es nada en comparación del que vosotros debieráis hacer ahora, si queréis salvar la Francia... Levantaos, pues, amigos, al canto de La Marsellesa, que hoy más que nunca es el canto legítimo de la Francia, palpitante de actualidad, el canto de la libertad, el canto del pueblo, el canto de la humanidad, porque la causa de Francia se ha convertido, al fin, en la causa de la humanidad. Haciendo patriotismo salvaremos la libertad universal... ¡Ah! Si yo fuese más joven, no escribiría cartas, estaría entre vosotros!”

El 9 de septiembre, Bakunín abandona, sin embargo, Locarno para dirigirse a Lyon, adonde llega el 15. Un “Comité de Salud de Francia” se organiza y del cual Bakunín es uno de los miembros más activos y audaces. Un movimiento popular pone a los revolucionarios en posesión del Hotel de Ville de Lyon. Allí se instalan con Bakunín a la cabeza y lanzan un decreto donde declaran que “la máquina administrativa y gubernamental del Estado, habiéndose vuelto impotente, estaba abolida”, y que “el pueblo de Francia entraba en plena posesión de sí mismo” y después de recomendar a todas las comunas de formar “Comités de Salud”, pedían el envío de delegados para formar la Convención revolucionaria de Salud de la Francia”.

Ha bastado un batallón de guardias territoriales para arrojar de Lyon a Bakunín y sus amigos, quienes pudieron abandonar a Francia y retornar a Locarno.

La proclamación de la Comuna de París el 18 de marzo de 1871 ha reavivado las esperanzas de Bakunín en el triunfo de la “República del Proletariado Universal”; pero su caída el 21 de mayo del mismo año, lo desespera y desengaña sobre la ca-

pacidad revolucionaria del proletariado francés; y vuelve entonces a dedicarse con más ahínco que nunca a las luchas internas en el seno de la Internacional.

Se hubiera podido, empero, pensar que los trágicos acontecimientos de 1870-1871, la guerra, el sitio de París, la Comuna, harían olvidar las discordias en el seno de la clase obrera. En cambio, ellas se han agravado y exasperado hasta el paroxismo en mutuas recriminaciones y acusaciones, dislocando las fuerzas de la "Asociación Internacional de Trabajadores" hasta su total disolución.

Después de 1871 — lo mismo que después de 1793 y 1848, — una ola de reacción pasó por el continente europeo. El movimiento obrero y socialista sufrió un rudo golpe con la derrota de la Comuna de París y su sangrienta represión, donde perecieron más de treinta mil comunistas. La trágica experiencia de la Comuna de París ha hecho escribir a Marx en "La guerra civil en Francia" — circular del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores — que "la clase obrera no está en estado de apoderarse del mecanismo político existente, y de ponerlo en marcha para su propio servicio".

El último o V Congreso de la primera Internacional se celebró del 22 al 29 de septiembre de 1872 en La Haya. Después de borrascosas sesiones, en ese congreso se produjo la separación del Socialismo y del Anarquismo, con la expulsión de Bakunín de la Internacional por 27 votos contra 7. Marx triunfó aparentemente sobre Bakunín; pero también la primera Internacional ha muerto con el traslado de su Consejo General a Nueva York. En realidad, el marxismo estaba en derrota. Algunos grupos de obreros y revolucionarios españoles, rusos, italianos y suizos-romanos siguieron a

Bakunín, que, después de algunas insurrecciones aisladas y locales, se han disuelto en grupitos cada vez más atrofiados hasta desaparecer por completo.

¿Murió la “Asociación Internacional de Trabajadores”? Engels contesta a esta pregunta el 1.º de mayo de 1890: “Sin duda, escribe, la Internacional no vivió más que nueve años. Pero la alianza eterna de los proletariados de todos los países que ella ha fundado, queda viviente. Ella es más vivaz que nunca; y el mejor testimonio de ello es la jornada de hoy. En el momento en que escribo estas líneas, pasa revista el proletariado europeo y americano a sus fuerzas militantes movilizadas, y es la movilización de un ejército único, que marcha bajo una bandera única y que tiene un objeto próximo: la fijación, por ley, de la jornada de ocho horas, reivindicado ya por el Congreso de la Internacional celebrado en Ginebra en 1866, reivindicado de nuevo por el Congreso obrero de París en 1889. Y el espectáculo de este día abrirá los ojos a los capitalistas y terratenientes de todos los países, para que puedan ver cómo los proletarios de todo el mundo se hallan verdaderamente unidos. ¡Por qué Marx no está a mi lado para ver con sus propios ojos esta cosa tan grande!”

---

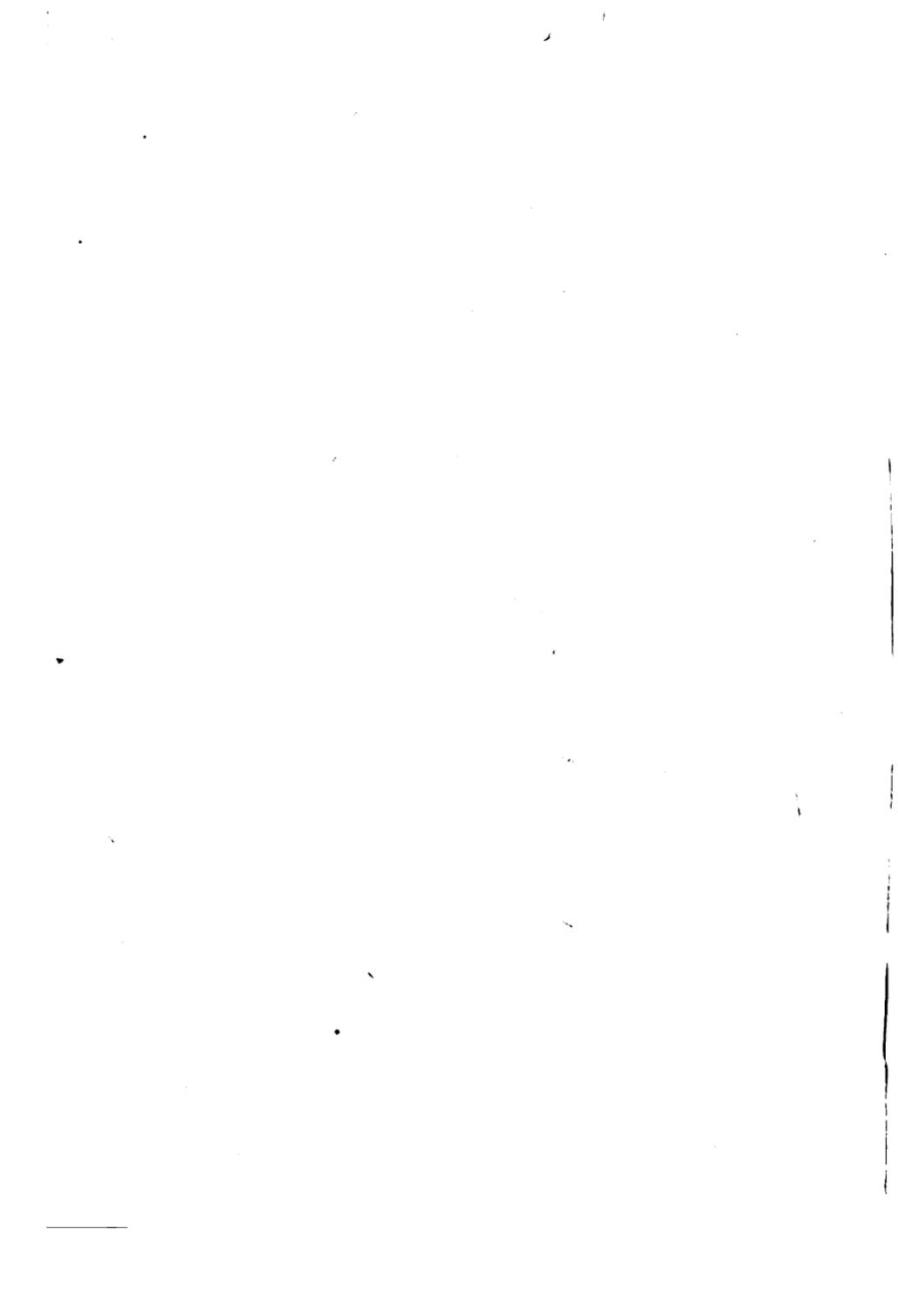
A medio siglo de distancia, una guerra más vasta y una revolución más honda dislocan nuevamente las fuerzas obreras y socialistas de la segunda Internacional. El espíritu de Bakunín se alza, de nuevo, frente al espíritu de Marx — el Oriente frente al Occidente — y lo vence aparentemente. Las vidas paralelas de estos dos grandes revolucionarios, de tipo tan distinto, proyectan su silueta sobre el desarrollo del siglo XX. La Historia se repi-

te esta vez en más vasta escala. La Humanidad está sacudida hasta sus cimientos, por los dos conceptos opuestos y antagónicos: la revolución catastrófica de Bakunín y la evolución revolucionaria de Marx. El primer concepto es oriental y místico, el segundo occidental y científico; y seguro estoy que a la larga triunfará Marx sobre Bakunín.

He recurrido a las fuentes de la historia para ilustrar al pueblo sobre los acontecimientos del pasado, para que comprenda bien los hechos del presente y construya méjor el porvenir.

“El que cuenta al pueblo falsas leyendas revolucionarias — escribe Lissagaray en su prólogo a la “Historia de la Comuna” — conscientemente o por ignorancia, y el que lo engaña con ditirambos poéticos, son tan dignos de castigo como el geógrafo que hiciese mapas falsos para los navegantes”. Estas sabias, prudentes y honestas palabras explican y justifican de sobra mi propósito. ¿Lo habré conseguido?

Noviembre 1.º de 1920.



## APENDICE

### ¿QUE DEBEMOS HACER? (1)

Ante un público que llenaba totalmente el salón de la Unión de la Boca, el doctor Enrique Dickmann desarrolló, durante hora y media, el tema de su conferencia, que fué escuchada con gran atención y aplaudida con entusiasmo en muchos pasajes y al final de la misma.

---

Una saludable inquietud espiritual — comenzó diciendo el orador — sacude y agita actualmente las filas socialistas de todos los países del mundo, inclusive de la Argentina.

Esta inquietud espiritual podrá ser útil, conducente y fecunda si ella es encauzada y orientada por un método objetivo y científico de estudio, de crítica, de revisión, de control y de rectificación o ratificación de la teoría y de la práctica, de la táctica y de los procedimientos de lucha socialista seguidos hasta ahora. Pero esta misma inquietud espiritual puede resultar anarquizante, negativa, destructora y desquiciante si ella se hace subjetiva, dogmática, sectaria, rayana en la superstición grosera por algunas ideas simplistas y por algunos hombres del día, y concluye en una intolerancia medioeval.

Analizó luego los puntos cardinales del método socialista. Siempre nos hemos jactado de ser libre-

---

(1) Conferencia del diputado Enrique Dickmann, dada en la 4.ª Circunscripción (Boca), el domingo 27 de Junio de 1920.

pensadores — dijo — en el verdadero y amplio sentido de la palabra. Hemos aplicado la libre investigación y la libre discusión a las ciencias políticas y sociales, a la economía y a la historia. Y para no caer en el dogma que anquilosa y en la superstición que degrada y embrutece, hemos practicado la autocritica y el autocontrol. Hemos sido, hasta ahora, una organización libre de hombres libres, vinculados por un método histórico y científico y por propósitos político-sociales concretos y confesados.

¿Hemos de renunciar, se pregunta el orador, a todo esto, que es la esencia misma de nuestra doctrina, y hemos de retornar a las ideas catastróficas y milagrosas de las transformaciones radicales, bruscas y violentas? ¿Hemos de convertirnos, ahora, en sectarios, dogmáticos, intolerantes y violentos, cuando más que nunca son necesarias las virtudes de la crítica, análisis, control y método científico?

Analizó el conferenciante la situación del socialismo internacional antes de la guerra. A su criterio, un optimismo excesivo dominaba en su seno, fronterizo en la ilusión. Los partidos socialistas y las organizaciones obreras creían poder impedir la guerra que se avecinaba, y se hablaba de la huelga general y de la insurrección si la guerra llegaba a estallar. Desgraciadamente, ello fué una vana ilusión. El vendaval de la guerra se desencadenó, y nadie pudo impedirlo. No lo pudo el poderoso partido socialista democrático alemán. Muchos lo acusaron, por esta su debilidad, de traición al socialismo internacional. Pero no hemos de olvidar que tampoco pudo impedir la guerra el fuerte partido socialista revolucionario italiano, — no solamente no pudo impedir la entrada de Italia en la guerra europea, sino que ni siquiera pudo impedir la anterior guerra en Libia, preludio de

la guerra mundial. — Tampoco lo pudo impedir el partido socialista francés, como no lo pudo impedir el partido socialista ruso. No es, pues, cuestión de “traición”, sino de “poder”; el socialismo internacional antes de la guerra vivía de la ilusión del poder; la guerra lo ha desvanecido, demostrando que aun el sentimiento de nacionalidad era mucho más fuerte que el de clase, y que el factor de rivalidad de raza era aún más poderoso que el factor de solidaridad humana.

La guerra trajo la revolución. ¡Paradojas estupendas de la Historia! La guerra es un mal, pero engendró un gran bien: la revolución social en muchos países. A su vez la revolución engendra la guerra; y la Rusia bolchevique, para salvar su revolución, hace la guerra, con un vigor y una tenacidad incomparables en todas sus fronteras.

Analizó luego el orador los múltiples y complejos factores de la gran revolución rusa. Dijo que el bolcheviquismo era un fenómeno genuinamente ruso, era el anverso de la medalla de su secular tiranía zarista. El sovietismo no repudiaba en realidad la democracia, sino que prácticamente no la podía ejercer aún. El pueblo ruso necesita todavía un gobierno de mano de hierro para introducir orden y método en su seno, y esta mano de hierro la encontró en el gobierno de Lenín y Trotzky, quienes lo tomaron, sin lucha, de las manos excesivamente débiles de Kerensky; y quienes han realizado un verdadero milagro al haber derrotado, en escasos tres años de gobierno, a todos sus enemigos internos y batido a muchos de sus enemigos externos.

Para realizar estos objetivos inmediatos, Lenín y Trotzky, intérpretes y símbolos del bolcheviquismo, han tenido que dejar mucho lastre teórico y mucho bagaje doctrinario en el camino. Trotzky,

antimilitarista e internacionalista, es el maravilloso organizador del ejército más nacional que tuvo jamás Rusia; y Lenin el Grande — como lo llama el sindicalista revolucionario George Sorel, comparándolo con Pedro el Grande, — quien se dice marxista tallado en un bloque de piedra, ha tenido que imponer, para salvar la revolución, por decreto, a los obreros rusos la jornada de 12 horas, el trabajo en los días domingo, el trabajo en el día del 1.º de Mayo; ha tenido que establecer dictadores en las fábricas, con derecho de vida y muerte sobre sus obreros; ha tenido que prohibir las huelgas; ha tenido que restablecer la pena de muerte; ha tenido que suprimir la libertad de prensa; y ha tenido que entablar negociaciones con los gobiernos aliados y capitalistas del occidente de Europa, ofreciéndoles oro ruso en cambio de mercaderías inglesas, norteamericanas y francesas, y prometiendo reconocer la deuda zarista en cambio del reconocimiento del gobierno de los soviets. Todo ésto indica el espíritu eminentemente práctico y realista de estos gobernantes capaces y hábiles que, para salvar su revolución, se adaptan y se amoldan a las necesidades actuales de Rusia y a las circunstancias del mundo.

Analizó también el orador el vigoroso espíritu nacional que anima y mueve a la revolución rusa, hasta tener a su servicio a los viejos y mejores generales y oficiales del régimen zarista y a las famosas legiones de los “cien negros”; espíritu nacional que es su característica y su salvación.

¿Y qué sucedió cuando se quiso trasplantar los métodos y procedimientos de la revolución rusa a otros países e imitar sus ejemplos? La tragedia de Hungría y de Baviera son dos lecciones demasiado recientes y terribles para no comprenderlas ni dejar de aprovechar sus enseñanzas. Hungría, sin

tener las condiciones históricas y sociales de Rusia, quiso ensayar el bolcheviquismo, a pesar del consejo en contra del mismo Lenin. El experimento fué total, breve y terminante. El monárquico conde Karoly entregó el gobierno al bolchevique Bela Kun, éste lo tuvo en sus manos algunos meses, y a fuerza de decretos quiso implantar el comunismo en la feudal Hungría. Todos conocen el trágico final de este desgraciado ensayo. El edificio construido por Bela Kun cayó como un castillo de naipes. Decenas de miles de los mejores militantes socialistas y obreros pagaron con sus vidas este terrible ensayo. Lo mismo pasó en Baviera; y hoy Hungría y Baviera son dos focos de peligrosa reacción en el centro de Europa. Esto demuestra a la evidencia que el bolcheviquismo ruso no es trasladable ni imitable. Y si hay ilusos que lo crean así, ahí está la tragedia de Hungría y de Baviera para quitarles su vana ilusión.

Todos estos grandes, graves y trascendentales acontecimientos — dijo el orador — necesitan ser decantados y sedimentados para ser considerados y estudiados serena y objetivamente. El vasto experimento ruso necesita mucho tiempo para demostrar a los socialistas y demócratas del mundo lo que se puede y lo que no se puede hacer, para separar la fantasía de la realidad, la ilusión del ideal. En tal sentido, es de una utilidad indiscutible toda crítica, análisis y control de este grande experimento. La revolución rusa, pasada por este tamiz, dejará subsistente lo permanente y lo fundamental, para descontar lo transitorio, lo episódico y lo dramático de su desarrollo.

Lo malo, lo grave y lo abominable es la pretensión de algunos socialistas mal informados, y tal vez peor inspirados, de calificar de “negra traición” toda discrepancia, toda disidencia con los

métodos y procedimientos del bolcheviquismo ruso. Jovencitos, sin ciencia ni experiencia, ingresados ayer en las filas del socialismo, o aun estando al margen del socialismo, y viejos de pocos escrúpulos que los saben utilizar, descalifican a todos los socialistas que no se hincan delante de los iconos de los santos de la revolución rusa. El octogenario y venerable maestro del socialismo internacional, especie de gran sacerdote del marxismo, el teórico Kautsky, es un traidor, porque no está de acuerdo con Lenin sobre la exégesis de tal o cual oscuro párrafo de tal o cual pasaje de las obras de Marx o Engels; Jules Guesde, Longuet y Thomas, fundadores y propulsores del socialismo en Francia, son traidores porque han contribuido a la derrota del militarismo prusiano y no han creído que el bolcheviquismo puede transplantarse a Francia y han evitado para su país el trágico experimento de Hungría. El austero y rectilíneo Turati es un traidor porque cree que los métodos del bolcheviquismo no son aplicables en Italia. Mac Donald y Henderson son traidores porque afirman que la evolución industrial y social de Inglaterra es muy diferente que la de Rusia; Camile Huysmans, el laborioso y leal secretario de la Internacional socialista, es un traidor porque quiere conservar la unión de la misma. Y Besteiro y Largo Caballero son traidores porque creen que España no está todavía madura para la revolución social. ¿Y para qué enumerar más? ¡Y no son traidores los saltimbanquis del revolucionarismo verbal, que lo mismo caen al pie del pendón rojo como aceptan una cartera ministerial en un gabinete burgués de un Giolitti cualquiera!

¡Falta establecer el santo tribunal de la nueva inquisición para juzgar y condenar a los herejes del nuevo dogma que se atreven a analizar, cri-

ticar, controlar o discrepar con los procedimientos bolcheviques que son tomados con un espíritu mucho más sectario y estrecho fuera de Rusia que en la misma Rusia! Todo esto es abominable.

Y lo más grave es — según el conferenciante, — que todas estas cuestiones de carácter universal y general, y sobre cuya marcha nada o muy poco podemos influir, perturban y distraen a los socialistas de la fecunda labor actual y local, dividiéndoles y subdividiéndoles en grupos y subgrupos hostiles y enemigos, que tratan de anularse y excluirse para mayor solaz de nuestros enemigos.

El doctor Dickmann citó una cantidad de ejemplos para ilustrar este su aserto. Así, dijo que muchos centros socialistas están mucho más ocupados y creen estar más informados de lo que pasa en el soviet de Moscú que en la Cámara de Diputados de la Argentina. Muchos socialistas parecen interesarse más de lo que acaece en el soviet de Vladivostock que en el Consejo Deliberante de Buenos Aires. Otros se preocupan más por la suerte del soviet de Irkutsk o de Astrakán que por la suerte de la municipalidad socialista de Mar del Plata. La carestía de la vida que agobia a los obreros de Petrogrado interesa más a algunos socialistas de la Argentina que la carestía de la vida de nuestros obreros de la ciudad y del campo.

Todo esto es ridículo y absurdo. Dejemos — dijo el orador — a los rusos que arreglen sus propios problemas, y ocupémonos con inteligencia, amor y sinceridad de nuestros actuales y graves problemas. En vez de dividirnos sobre la apreciación de los problemas universales, unámonos cada vez más estrechamente en la acción fecunda para influir y modificar nuestros graves problemas actuales y locales.

Analizó luego el conferenciante la situación polí-

tica y social de la república, para afirmar que estamos aún en los comienzos de la hora democrática y socialista, y que toda distracción de inteligencias y de fuerzas en divagaciones vanas e inconducentes es retardar la obra de emancipación del proletariado argentino.

Analizó la situación política del Partido Socialista, comprobando que sobre más de 700.000 electores que votaron en la última elección en el país, apenas 70.000 son socialistas: es decir, un socialista frente a nueve o diez que no lo son. En la misma ciudad de Buenos Aires los socialistas son una gran minoría, pues sobre 165.000 electores que votaron en el mes de marzo último, apenas 55.000 son votantes socialistas. Y en la provincia de Buenos Aires el cuadro es mucho más lamentable, pues sobre unos 200.000 electores, apenas unos 12.000 son socialistas. ¿Y qué decir del resto de la república? En muchas provincias argentinas no hubo un solo voto socialista; ejemplo: la provincia de Corrientes. Y, sin embargo, hay en Buenos Aires muchos jóvenes correntinos que pretenden ser bolcheviques. ¿Por qué no van a Corrientes a sembrar la semilla socialista entre su rudo y valeroso proletariado? Y como Corrientes hay muchas otras provincias argentinas.

¿Y en el terreno gremial se está mejor en la Argentina que en el terreno político? De ningún modo. Se está todavía peor. Oficinas urbanas que cuentan con 30 ó 40.000 obreros, tienen agremiados apenas 300 ó 400 socios en sindicatos raquíuticos y anárquicos. Y el proletariado rural ni esto tiene aún. El gremialismo argentino está todavía distraído en la discusión del comunismo anárquico y del sindicalismo revolucionario, importándosele un bledo del grave problema de la carestía de la vida. El gremialismo argentino, queriendo o pre-

tendiendo ser apolítico o antipolítico, sirve, con gran frecuencia, a la peor política criolla. En el terreno gremial, salvo pocos gremios, nada, o casi nada, está hecho y todo está por hacerse.

Lo mismo sucede en el terreno de la cooperación libre y en el terreno cultural. El Hogar Obrero, primera cooperativa obrera argentina, en sus 15 años de vida, apenas cuenta con unos 4000 socios en una ciudad de 1.600.000 habitantes; siendo la cooperación libre en el interior del país apenas una loable tentativa.

Nuestras bibliotecas vegetan y nuestros periódicos languidecen — dijo el orador — y sin embargo algunos socialistas dedican una actividad excesiva y exuberante en una agria y áspera discusiones, ignorando o fingiendo ignorar la amarga y dolorosa realidad argentina.

Tal actitud o tal actividad es inútil, perjudicial e inconducente; distrae, perturba, desorganiza, anarquiza y debilita. Nuestros enemigos, si no la estimulan, la aprovechan seguramente; pues, mientras más se discute sobre problemas y cuestiones ajenas y extrañas, menos se acciona sobre los problemas nuestros y más libertad se deja al enemigo a hacer todo lo que quiere. Así, mientras los socialistas de la Argentina discuten con vehemente pasión sobre la segunda internacional de Ginebra y la tercera internacional de Moscú, el senado argentino empeora el presupuesto y agrava las malas leyes aduaneras, el congreso nacional vota más dinero para los militares, la municipalidad de Buenos Aires encarece el boleto del tranvía, y el poder ejecutivo radical vive en eterna simulación, engaño y mentira.

El diputado Dickmann terminó su conferencia llamando a la cordura, a la sensatez y a la realidad a todos los socialistas. Cualquiera sean

nuestras simpatías, nuestros sentimientos y nuestros pensamientos sobre la revolución rusa en conjunto y en detalle, y sobre los acontecimientos europeos; cualquiera sea nuestro personal modo de apreciar a hombres y cosas del día, no perdamos de vista nuestra propia y urgente tarea gremial, cooperativa, cultural y política, que está en sus comienzos y que exige cada día más nuestra activa inteligencia y nuestro creciente esfuerzo. Es fácil disfrazar o disimular la propia incapacidad, desidia, hipocresía o impotencia simulando o pretendiendo preocuparse de problemas remotos, extraños y transcendentales, que en el mejor de los casos, de nosotros no depende su solución, y que siempre sirven para alejar al pueblo de los grandes y graves problemas que lo deben preocupar.

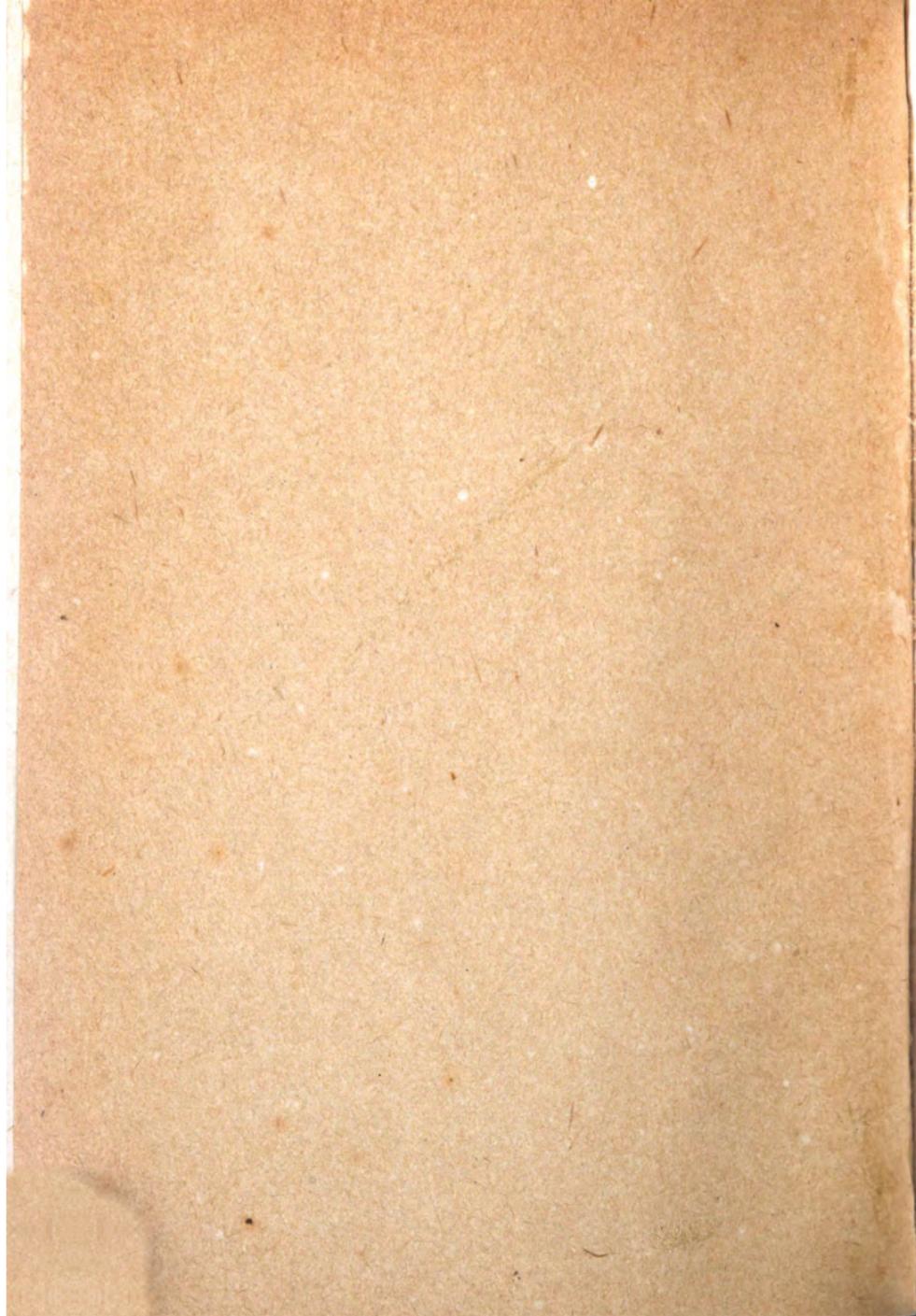
Sigamos, terminó el conferenciante, con creciente simpatía y hondo interés el desarrollo de los acontecimientos del mundo; pero que ello no sea motivo de discordia ni división en el seno del socialismo argentino, ni motivo de intrigas y calumnias entre nosotros, sino factor poderoso de unión solidaria en la cotidiana acción en pro de la elevación del nivel de vida política, económica y social del proletariado argentino, usando de los instrumentos que tenemos en nuestras manos: el gremialismo proletario, la cooperación libre, la obra cultural y el sufragio universal. Y si la ciencia y la experiencia de otros pueblos más experimentados en el camino de la Historia descubrieran o inventaran nuevos y más fecundos métodos de lucha y nuevos y más fáciles y útiles procedimientos de emancipación social, de seguro que no los dejaríamos de usar los socialistas en la Argentina.

---

## INDICE

---

	<b>Págs.</b>
Introducción . . . . .	3
Antecedentes históricos . . . . .	11
Carlos Marx (1818-1883) . . . . .	19
Miguel Bakunin (1814-1876) . . . . .	32
Asociación Internacional de Trabajadores . . . . .	50
¿Qué debemos Hacer? . . . . .	77









UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3026865159

0 5917 3026865159